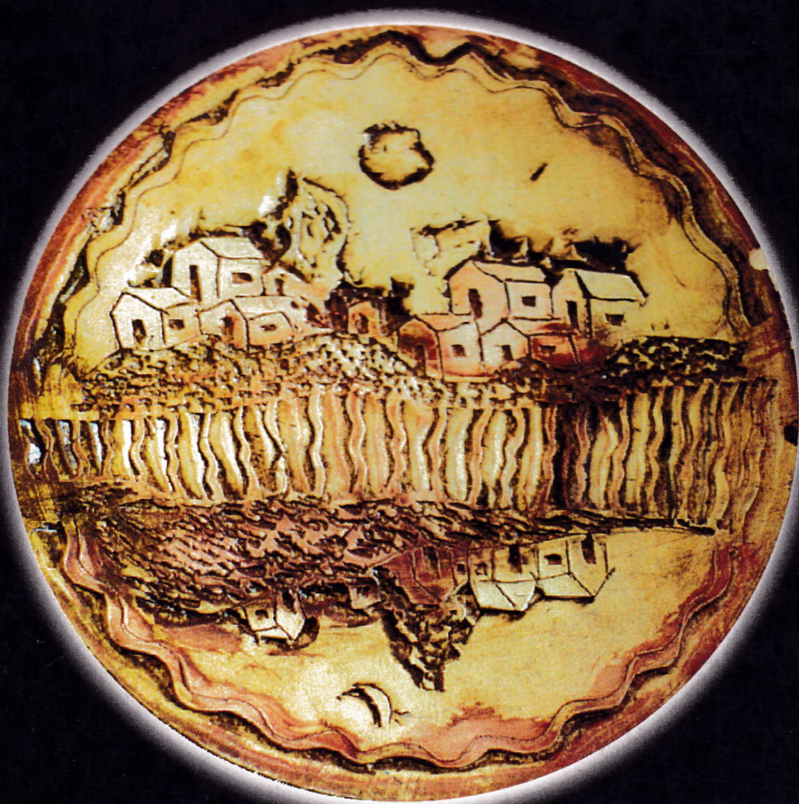
LA SED DE LOS TOROS



Enrique Bacci

Originarios de Paso de los Toros, los fantasmas de este libro deambulan sus calles anchas en los tantos tiempos de este pueblo nacido al costado de los rieles ingleses. Lugar donde la herradura del Río Negro le ha pautado a su gente un modo de mentirse "tamaños" surubíes y de estar así, sentados en el pasonivel, bajo la sombra del histórico eucalipto, contándose amores y tragedias nacidas con el agua.



DE

LA SED
DE LOS TOROS

Este libro se terminó de imprimir en el mes
de setiembre de 1998 en los talleres gráficos de
Impresora Atlántica
Lima 1478 - Tel. 924-6908
Montevideo - Uruguay
Depósito Legal 310127 - 98

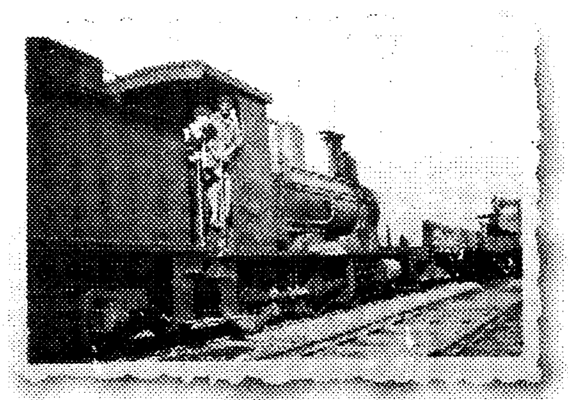
Enrique Bacci, nacido en 1960 en Paso de los Toros, al igual que tantos jóvenes del interior llega a Montevideo en busca de concretar afanes e inquietudes que, como en la obra de Nora Supervielle, como en la canción de Caracé Ferrón, como en el "UNO" de Macachín, peligraron "morir en la Capital".
Fruto de esos años montevideanos quedó su primera y despareja novela "El fundador de cimientos" como lo define su prologuista de entonces. Esa ciudad que lo va empapando de tangos y boliches para que "por el zaguán de una botella, cada cual en su respiro de fuelle solitario..." busque caminos para una poesía lunfardesca y ciudadana que encuentra lauros en concursos de Joventango.
Huyendo-buscando a la ciudad de los hombres toros, su Santa Isabel, a principios de la década del ochenta viaja a Europa donde trabaja, primero en la vendimia de Aviñon y luego, siempre como bracero zafral en otras ciudades de Francia y España. El mismo espíritu andariego lo lleva al año siguiente a Perú y Bolivia donde permaneció nueve meses y ya cerrando esa década llegó a Venezuela. No obstante, como el gordo Pichuco, "nunca se fue de su barrio, que se va a ir si siempre esta volviendo". O al decir de Benavídez "se fue lejos de esas casas, se fue pero se quedó" y allí con nostalgias, añoranzas y morriñas, va gestando "Polcasola", su segunda, importante e inédita novela, con la cual Bacci comienza a reinventar a su ciudad natal.
De vuelta al país, se radica en Atlántida, ya con su respetable acopio de experiencias y sentimientos, sabedor de que ha madurado ese mundo que fue construyendo con lejanías y añoranzas firmes como rocas. Ese mundo que no es, a la manera de Macondo, ni de Santa María no Yoknapatawpha sino, indudable y confesadamente, el de su pueblo natal. Como si el autor intentara, conscientemente o no, desvincularse de influencias literarias de escritores a quienes admira. Quizás sea en ese oscilar que su narrativa transita, sobre todo en lo que tiene que ver con la decisión de fijarla, -como para que no queden dudas- en Paso de los Toros. Y tal vez por ello,

aparezca más cercana a Mario Arregui, acaso a Paco Espínola.

En este volumen hay mucho más que una docena de cuentos, (de muy buenos cuentos) cuya lectura nos permite el disfrute de una prosa poética poco común. Porque existen también, en el conjunto, personajes, hechos, paisajes, en fin, hay un aire que los hila. Tanto aquellos que tienen nombre y apellido (Garicoits, Ceriani, el gordo Cherro, don Deco, Adelina da Silva, imborrable viuda de Melitón) y así también el Río Negro (y sus colaterales directos: represa e inundación), la iglesia de la cruz partida, el ferrocarril, el boliche o el quilombo. A tal punto que, se nos ocurre, que aun a quien no conozca Paso de los Toros, luego de leer estos relatos, le resultaría fácil reconocerlo en el supuesto de que ignoradamente una mañana despertara allí.

Pero además de esa identidad que se trasmite tras la lectura global, estimamos que debajo de los doce relatos o, si quiere, entre ellos, está marcadamente presente ese hilo de Ariadna, que oficia como una invitación a que cada uno que acceda a ellos los vea o sienta como fragmentos de una novela que cada quien, -aún cuando lo haga sólo mentalmente- está compelido a terminar de construir. Esa novela que, no nos sorprendería, Bacci se decidiera a escribir. Para que, entonces, cuando cualquier isabelino la lea, termine de descubrir, entre otras muchas cosas, a su propia ciudad.

IRIS SCLAVO ARMÁN.



A la memoria de Pepe Cardoso Pigni, que supo ser foguista en la época de los rieles ingleses.

"...Unidos entre si por el hilo de la sed, una inmensa sed tramada sobre todos los objetos sin humedad destinados a ser destruidos por la vida"

" MENAFRA "

M. DELGADO APARAIN

Cruz partida

Cruz partida

Un pedazo de trapo negro cosido de apuro en el costado del brazo. Nunca ese saco le había pesado tanto. Ardentía en la mirada de tanto esconder lo todo que le dolía aquel nunca mas poderla ver.
Pitando un tabaco fue caminando por los senderos del humo que despedía su imagen. Y ese gusto a humo le balbuceaba en la garganta.

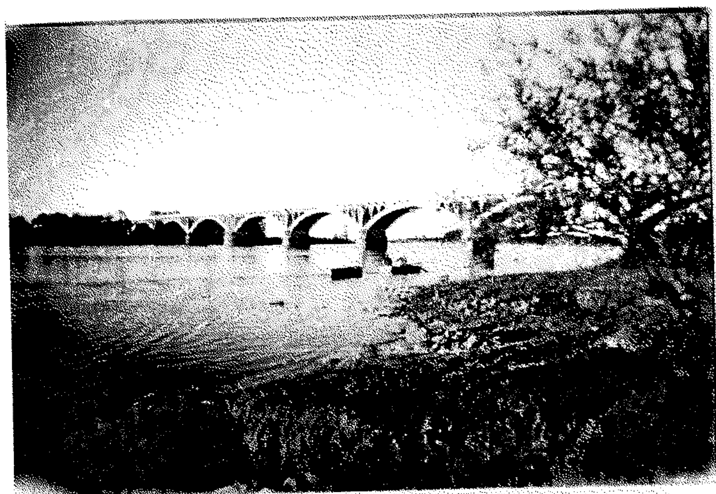
-Algún día tenía que morirme.... .
-Es que no me duele que se muera, solo que.... .

Las ideas se le enredaban. Ahora el trapo negro en su atuendo diría del dolor a los cuatro vientos.
Al pasar el puente seguro pensaría en arrancárselo para no hacer aspavientos con la muerte a cacunda.
Quitarse del brazo ese presente, echarlo a las aguas negras, allá abajo, donde nadie persista en revolverle la memoria.
El burro Scott, que ella le enseño a escribirlo así pero que por esos pagos se decía Escot, miró a los camalotes y a los sauces. La vista, empujada por la corriente fue a perderse en el otro puente.
Desde el otro lado un fuerte aroma de eucaliptos le despertó los sentidos. Una vez mas le incomodaron esos zapatos casi nuevos, solo usados para fechas importantes, que casi no tenía.
Al enfrentarse a la doble avenida del pueblo escuchó que una mano suya confirmaba algo de plata en un bolsillo del pantalón.
Nunca tan anchas y vacías como allí las calles, le ladró un perro en la puerta de donde sabía iba a escalar, buscando un poco menos de tristeza.

- Solo que no vamos a conversar mas! dijo a manera de explicación, mientras el vaso de vino se asentaba en el cuenco de algo como un sentimiento.
- Tese tranquilo... ya volveremos a vernos.

Si es que ella le fue a pronunciar alguna vez esas palabras, le vinieron avistadas junto a un rosario y ùnos rezos muy de todos los días.
Se enfrentó a su semblante en un espejo detrás del mostrador, impreciso, como cuando uno apenas ve los límites de un sueño.
Acomodó el cansancio en el posapie del bar y al clavar los codos en el mármol que seguía ofertándole ese largo ojo oscurecido, que lo miraba sin cesar al empinar, la vida le llegó con la mansedumbre que siempre había tenido con él.
Continuó vaciando el vaso. Era temprano.
Para ella, pensó, muy tarde ciertas cosas que le quiso decir; un suponer, menudencias, palabras de adentro, todas esas oportunidades en que no se animó.
Es que ella siempre con eso del crucifijo y el Señor. Y el Cielo y el Infierno.
Y otro vaso.
Al verle el listón del luto, todos los demás evitaron las conversaciones. Las botellas iban y venían como mudas palomas.
Descansó un poco sus ideas en una milonga que nacía de la radio y que le hablaba de caudillos muertos.

" Cruz partida "



El puente sobre las aguas negras.

A toda su boca le creció un tono violáceo, ciertamente menos vivo que la presencia de las glicinas que se hamacaban allí cerca.
Se extrañó a sí mismo recordando aconteceres desparejos, como ser su nacimiento o las épocas de Navegación por el Río Negro.
Presente dijeron los olores de la orilla, tan grávidos y palpitantes, volviéndose recuerdos de pesquería y ocasiones en las partes no borrosas del espejo.

_Pero... madre! _Quiso gritar cuando su pecho, entre algo agrio que si la saliva o que si esos tragos amargos, se le quedó ahogado.
Ya tarde para ir al paraje de los pinos altos. Ya muy tarde para quitarse esas pertenencias que arrastraría consigo desde ese día para siempre.
Ahora el recuerdo, como los aromas, comenzaría a diluirse en forma desganada, para perderse en la polvareda del silencio.
Escot, tambaleante y decidido a esquivar las palabras oídas, volcó al caer la tarde el camino y se volvió a Pueblo Centenario.
El puente, la correntada abajo, ya las penumbras que se extendían sobre las orillas.
El perrerío de todos los atardeceres, la portera y la enramada de madreselvas le conocieron el silbo indefinido y quedó, como si retornase de un mundo cotidiano.
Al hundir su rostro huesudo y desencajado, el cuerpo todo de viejo huérfano que apenas había podido quitarse los incómodos zapatos, no escuchó ni vio cuando la necesidad de sentirse abrigado por las hilachas de la vida le cerró, sobre la mesita de luz la tapa desalmada de una biblia amarillenta y caudalosa.

Al costado de la cama que durante miles y miles de noches se le olvidaban dolores y soledades, se inclinó la sombra de un rosario.
Aquellas cuencas de vidrio pintadas con los colores del cielo, lejanas del crucifijo, esparcieron por el cuarto desolado de un hombre dolido y borracho la triste sensación de que eso que le mecía la vigilia para acercarle el reparo no era, ya nunca mas sería, las manos tibias de su madre, sino algo, una cruz en sus días mustia y solitaria.

El árbol imposible

El árbol imposible

Por un momento el gordo Cherro pudo imaginar el mundo sin motores, que era decir allá en el cielo el silencio total. Los altímetros del viejo Cesna le ajustaban cuentas que, de todas formas, él venía razonando en cuanto a las distancias que lo relacionaban con la tierra y con el hervor del sol. Abajo el mundo, con su follaje de avatares reverdecido noche a noche por las gentes que allí y todo se les daba por nacer y resoplar en el aire polvoriento.
- Que raro el porque de los nacimientos... - pensó.

Aviador de urgencias y fumigadas, cada vez que Cherro surcaba esos cielos pensaba en cuestiones mas del aire.
Las vueltas de la vida. Ventolinas que se llevaban a la gente lejos, al sur.
Cavilando en eso y en lo sinuoso del río volvió a pensar los altores de las cosas.

Muy por debajo se aplanaban todas las salientes. La punta de la iglesia y el eucalipto del pasonivel destruyen sus tamaños, igual el tanque de agua que desde la avioneta era como si la lejanía le tragase su imponente hormigón.
El río viboreaba entre campos con algún que otro monte de invernada.
Destellando sus aguas, movedizos los camalotes y los espineles.
Un tajo negro, serpenteando los pliegues de su correntada que nunca se cansaba de irse.

" El árbol imposible "



A metros de allí crecía el árbol
imposible de abrazar.

Los motores, comentó Cherro, a mas de tres mil pies por sobre la copa del árbol más frondoso y alto de Paso de los Toros.
Torció la mirada y el ala que portaba la sigla del Aeroclub levitaba con la misma fragilidad de las plumas de los patos maragullones, los que a diario abandonan al lago del Rincón.
Las chapas atornilladas de aquellas alas surcaban el cielo y Cherro pensó qué hondos que pueden ser los aires desde la cabina de un Cesna doscientos seis. Cuanta soltura que tiene esa parte del mundo.
Recordó algunos caminos en la tierra y qué de caminos van y vienen por encima de las nubes, tras el sitio donde el día oculta la cruz del sur y las tres marías.
Frente a si un tablero desbordado de relojitos, donde a cual de ellos mas lejos de controlar la hora, el tiempo que hacía desde que despegó de la pista estragada.
La mañana abierta insistió conque el cielo y ese aparato de cuerpo metálico se alejase mas de la idea y de las cosas que de ordinario, al pisar la tierra tiene en vilo, en risas o de ceño fruncido a los habitantes de aquel pedazo del mundo.
Las aguas del río, las paredes y los golpeteos en los talleres, así de aisladas se descolgaban las sensaciones en el aviador.
Caían como el lastre las secuencias de aquí a ras de la tierra cuando de pronto oscurecieron los vidrios de la cabina una manga de langostas muertas que deambulaba por la nada.
Cuando quiso pestañear ya la nube de insectos desaparecía tras la cola del avión y entonces Cherro recién tomó conciencia sobe las tantas gotas de sudor que le corría por la frente y su espalda toda.
Al abrir un poco la ventanilla en busca de la limpidez de la

mañana fue abrazado en su cuello por una lengua de sopor encandilante.

En el horizonte la crucecita brillosa del Cesna se fue viniendo abajo, quizá a propósito, para devolverle al corazón del gordo Cherro la frescura del aroma del río y el misterio de los grillos nocturnos.

De abrazar

Sobre la cartulina blanca el pintor de letras delineaba la fecha del baile donde se eligiría la reina de la primavera. Sábado tanto y más notorio Club Democrático.

Descansó la mano y al quitarse mentiras de los nudillos escuchó un ronroneo vagando sobre aquel minuto.

El Chamaco Scott acomodó sus lentes y levantó la mirada, rastreando en el cielo el posible causante de eso que irrumpía en la quietud de los arenales donde él vivía, apenas sacudido el silencio por algún que otro sabiá clamando por su hembrita.

Observó que por el norte, con certeza muy sobre las olas del Salsipuedes, algo giraba y tintineaba sus contornos con la luz de la mañana.

Gráciles aquellas alas, transparente el brillo de la mariposita.

-Mariposas, pensó.

El exacto decorado del cartel puesto que la primavera, las adolescentes y los florales armados como si marquesinas de un cetro anhelado.

Armando un tabaco caminó hasta la pieza donde guardaba los enseres de su oficio. Separó dos pinceles, de los mas finos los de cerda más dura, cosa de que las mariposas a pintar cobrasen en el blanco fondo del cartel la curiosa vida y el temblor inquietante de lo que allá arriba había inspira-

do y forjado en su retina, como si de mariposas se estuviera poblando el largo pasacalle del horizonte.

Un azul intenso fue prefigurando el revoloteo, mas su mano, diestra y firme en las letras, acusó el alcohol de la noche anterior.

Las grapas tomadas en lo de Carbajal dificultaban la precisión, en su mente diálogos aislados en medio del humo.

Algo sobre Huracán, ah, una apuesta sobre la cantidad de personas que se precisaban para abrazar el eucalipto de las vías.

- Bien al pedo! murmuró, mientras el artista en pintar avisos / camisetas de clubes extrajo el árbol; resolvería el vacío de la derecha del cartel y daría pie para un sinfín de mariposas, la primavera, una rueda de muchachas girando alrededor, el baile y las mises.

El añoso tronco fue pautando el tamaño del descomunal eucalipto.

No, un poco más grande las raíces... tanto como su altura.

Tal cual las cáscaras y los avisos claveteados. También una bicicleta recostada.

Mientras aquello persistía en el cielo sus pinceles fueron trazando la presencia del árbol del pasonivel que, reconoció, había exagerado un poco su tamaño en la apuesta de la noche anterior.

Es que a veces sobre los mostradores del bar el que no adornaba un tanto las historias iba siendo condenado a la soledad de su vaso.

Así se enteró, a flor de piel indudable, que las alitas pintadas en la bandera que izaban en lo de Carbajal los días de partido tenía su origen en un cuadro de barrio donde sus mejores exponentes habían sido afamados y pulcros ladrones de gallinas.

Su mano diestra continuó haciendo crecer la espesura de las ramas y luego de detallar cerca de tres mil hojas volvió

al tronco.
Después al suelo de los alrededores. Mas bicicletas y hasta el viejo García descansando a la sombra. Y la vereda ancha y las vías y la barrera en blanco y negro.
Cuando insinuó las calles del costado se detuvo.
Hacia esa parte del cartel la alegoría ya alcanzaba, no fuera cosa que la fecha del baile se opacase por el enorme eucalipto, a su vez relleno en donde el temblor de las mariposas era el adjetivo real de la reina de esa primavera de mañanas claras y mansas.
El pintor de letras descansó los pinceles al costado del cartel y se alejó unos metros para poder lograr lectura de su acabada obra.
Recién allí se dio cuenta que la primera mariposa nacida del ronroneo de la avioneta en el cielo había quedado con un ala hundida en la copa del árbol, ese árbol imposible de abrazar por las noches de lo de Carbajal.
El color de la mariposa estaba fijo. Quedaba corregir esa rama tocada, desgajarla, inclinarla como si el peso de una transparencia la volviese hacia la tierra.

Se fue tornando densa la pregunta en el aviador.
Que a cuanto podría acercársele el mundo de piedras moras. Que los techos mas altos del pueblo, la cruz partida de la iglesia y el eucalipto del pasonivel, destruidos sus tamaños desde la altura podrían ser sobrevolados mas de cerca, muchísimo mas que lo hasta ahora conocido.
La sangre a borbotones fluía en sus venas. Tornados hilos violetas dando vueltas por los brazos, girando con el hombre y los altímetros enloquecidos de gritar el aire polvoriento de demasiado abajo, de muy metido en la cercanía donde la gente corría y gritaba también, sin que la ventolina primaveral pudiese acallar a un viejo Cesna doscientos seis

destrozado en el follaje reverdecido y humeante del árbol más grande de todo el pueblo.
Lejos de allí, en los cielos de un pintor de letras la mariposa lograba todavía despedir el tintineo de su vuelo.
Enseguida firmó Chamaco Scott y calculó que esa noche, entre grapas y pareceres sobre el equipo de sus amores, escucharía mas bolazos de aquel árbol.

Hoy Tonylo Wanderer hoy

Hoy Tonylo Wanderer Hoy

En los papeles de la cama donde mi abuelo había muerto y permanecido allí durante cuatro días, estaban una serie de crónicas sobre el raid hípico que iba del pueblo hasta Cuchilla de Navarro, para luego volver y finalizar en un comercio de la zona. Cientotreinta kilómetros para treintidos competidores, relataba, terminando la nota con el tiempo empleado por el ganador, un caballo llamado Palomo. Seis horas y poco. Creo escucharle.
El flamante jinete pertenece al grupo de esgrima del Centro Dios y Patria, termina aclarando.
Y seguían las crónicas que aparecen luego en El Látigo, periódico dónde mi abuelo colaboraba.
Su nerviosa letra manuscrita, de curioso parecido con la mía, iba contando a su estilo los últimos acontecimientos que sacudían la pachorra de Paso de los Toros.
Encontré comentarios de las películas que se veían en el Select, de las tonadillas que se cantaban por ahí y también lo que impresionaba de los circos que, de cuando en cuando, se instalaban en los baldíos secanos.

Yo no se como narrar esto que estoy leyendo, deslumbrado por esa persona que está allí, tendida sobre la cama, que se acostó a morir, con un nieto sacudido y debajo de un impulso morboso, quedándose allí donde estoy, sentado a los pies de su cama, con un muerto que inunda a la pieza de un vaho pestilento.
Temo que ni los papeles, mucho menos los espejos, copian con la cierta fidelidad la invención que elaboran de si las cosas. Por eso es que lo que atino a ofrecer de aquella vez es el texto íntegro, el que abre la crónica de los circos con el nombre de uno de ellos. El Tonylo Wanderer.

«¡¡Trashumantes del mundo, acróbatas del aire y de la risa se han presentado a los isabelinos!!».
Los integrantes del gran Circo Tonylo Wanderer, con el mismo e inmejorable saludo de invitación que tienen los circos del viejo mundo, recorrieron nuestras calles en donde la ciudadanía pudo boquiabiertos enumerar para la admiración el largo desfile de gimnastas de la cuerda, volatineros del humor, magos, damas luciendo un sinfín de trajes típicos; todo ello realzado por una extensa cola de carrosjaulas donde un sinnúmero de fieras se mostraban, cerrando la fila el más grande de los seres terrestres, un elefante altivamente enjaezado.
Es de esperar la alta concurrencia a su gigantezca pirámide de lona de la plazoleta.

Los escritos que siguen estaban al dorso de aquella impresión.

" Hoy Tonylo Wanderer hoy "



Isabelinos dispuestos a presenciar la 1ª función del circo.



" Con suma elegancia en el vestir, desde todos los rincones de la Villa, hora es de que las autoridades nacionales nos asciendan a tal categoría, se acercaron al circo en impresionante número; en pocos minutos colmando de espectadores las localidades. Poco importó el día de la fecha, martes trece, dando muestras claras de nuestra cultura actual que ha dejado en el baúl de los recuerdos las supersticiones y esas creencias propias de pueblos atrasados en los siglos. "

Aquí hay un pedazo borroneado y luego prosigue, con letra algo temblorosa.

" Con suaves y sugerentes movimientos de sus manos, el ilusionista, una vez envuelta la muchacha, dejó que la música aquietara las respiraciones y descorrió súbitamente la oscura capa.
Con una risa desencajada, ella le indicó el murmullo de las butacas.
Había desaparecido la multitud y la carpa. "

"Cuando se repite esta fecha, desde que me dejaron aquí _ escucho la voz de alguien que me dijo: ¡No subas al trapecio, hoy el mundo es un peligro!.

Él compró todas las entradas.
Ahora estaba sólo, en primera fila, exigiendo que comenzara su función.
¡¡Ea, vamos! ¡Los trapecistas, los payasos!
¡Las muchachas que bailan! Sí, también el de la galera con conejitos!!.
Al rato, hastiado de escuchar su risotada en medio del vacío tuvo que reconocer que por mas dios que fuese, bueno sería dejarse de inventar el mundo y tener algo de compañía.

Dejé caer los papeles cuando pude hacerlo.
No quise mirar a la cama. Salí a la noche fría y pensé en la falta que me hacía un poco de alcohol.
- Seguramente, grité, el se halla muerto pensando en los hombres que descubrieron el abecedario de los circos.

Detras del agua

Al despertarse de la muerte, el viejo Brian comprobó que dista muy poco el saberse vivo de eso que ahora es en ese cajón, tirado allí a los fondos del cementerio.
Lo que vino enseguida a su cabeza fue una lista de hechos.
Entonces se vio en un velorio de pocas flores y algunos familiares.
Sintió que quería abrir los ojos pero alguien, curioso préstamo, había depositado en ellos dos pesadísimas monedas en donde solo se veía una flor de ceibo.
Se miró también enfrentado a una corona de nardos y crisantemos en donde podía leerse no se qué de la Unión Ferroviaria.
A un costado se encimaba la mirada de un vecino que todavía no poseía experiencia en eso de despedir muertos.
El aroma de las flores o el de la poca gente que decidió fijar la vista en su rostro por última vez, ahora distante, tenía un dejo nauseabundo que iba creciendo cuando él se percató de que ellos ya se instalaban en la región de los murmullos por la cual transita y respira la vida.
En el espacio de la pieza, corridos la mesa y los sillones, convertida en una apretujada salita en donde enjuagar el resto de las lágrimas, el viejo alcanzó a sentir las paredes preñadas de rostros de otras épocas y de cautelosas recordaciones en silencio.
Uno a uno, quienes se detenían a darle el adiós al viejo Brian terminaban pensando, por esa rara refracción que tienen los muertos, en ellos mismos y en el escaso tiempo que soportaban esas cavilaciones. De ellas quedaba al descubierto la luz tibia que los recuerdos volcaban y vuelcan sobre otros sucesos más cercanos, un poco más firmes en la memoria.
Se divisaban atrás de una brisa aburrida, que iba ubicándo-

los como al otro lado de esas calles.
Reconocían los contornos más salientes, esos acontecimientos que dejaban en sus vidas y en la vida del pueblo, mojones ciertos y duraderos como durmientes de quebracho.
Un foguista de la primera época, contemplando el cuerpo tieso y abandonado por la certidumbre de la respiración miró mas adentro de las cuencas donde, de seguir así un tiempo mas, comenzaría a oxidarse las monedas; por debajo de esos ásperos metales pudo leer en el último rescoldo que aún permanecía latente un vago sucedido de gritos compartidos cuando la huelga grande del año nueve.
Con él balearon la casa del gringo jefe de la Remesa cuando se enteraron que aquel tal Jones, noche a noche, brindaba "a la salud de estos perros brutos" y preparaba el recibimiento de un lote de rompehuelgas traídos de la Argentina. Diga que solo buscaban abanicarle el cagazo, que sino...

Huele la madera; un camastro del cual presiente sus recovecos.
Ni es quebracho, ni tan siquiera madera de aquel árbol centenario del pasonivel.
Al tiempo que le quitan las monedas de sus ojos se empecina en reconocer la savia todavía fresca de esas tablas.
Menos molesto que al principio por un cosquilleo en todo su cuerpo comprueba que quizá por la humedad o que va a saber uno por que mezcla de misterios el traje empercudido de naftalinas le queda un tanto holgado; como si esa prenda usada solo cuando su casamiento y en la colgura de medio siglo en el ropero hubiese aprendido que por esas costas del Río Negro la gente podía también crecer para adentro.
Algún pariente chupacirio le despidió guardándole en un bolsillo del saco una estampita de la virgen.



Foguistas amigos del viejo Brian
y compañeros de la Unión Ferroviaria.



- Pino,... y del Rincón del Bonete. Se oyó decir un día donde en el mundo las lluvias en cuestión de horas se derrumbaron sobre el pueblo y todos los campos de la zona, reventándole la panza a la corriente.

Se dice que lo dijo en una hora por donde el viento traía hacia los alrededores del viejo Brian un lamento de gente que escapaban a cualquier sitio, empujados por las aguas.

A su cuerpo cada vez menos palpitado le fue llegando desde encima, donde las lluvias ya nadaban estragando sueños y paredes, la extrañeza de mirar y tan solo hallarse en la acerada convicción de un ahora desbordado de niebla, de cuyo interior podía olerse el horizonte de las cosas vividas, sus rasgos que volvían a perderse en la inmensidad cuando Brian dejaba de mirar la niebla.

Le fue desfilando aroma de trenes y estaciones ya ruinosas y desiertas; el humo descubriendo en el cielo la savia de la leña que se iba en aquellas máquinas tiznadas, surcando el campo como un gusano reesquebrajado.

No pudo acordarse por que mes andaría ni porque el persistente rasguido del agua ahora tan cercano, creciéndole a los árboles y a los pastizales sus raíces, que fueron anudándose a sus pensamientos.

De pronto, de la oscuridad de una noche, sentado sobre la raíz de una gran albahaca campera un ángel corto de vista de tanto mirar al sol acomodó el culo -ya eran muchas las esperas - y comentó.

- Es abril... ¡y lluvioso que da miedo!

Brian oteó hacia la voz y al dar con aquel gordinflón algo conocido lo comparó con lo que tenía visto desde el catecismo.

- Parecido no es lo mismo. -Dijo, al descubrir las alas cubiertas de hojas y de un desalineado follaje que incluía mas de noventa y cuatro verdes distintos.

Demoró un rato en contarlos. Noventa y cuatro... el cementerio.
Con esa aparición una fija que sacaría a la quiniela.
Como si nada fueron intercambiando pareceres y alguna que otra versión sobre eso que el de las alas no titubeó en denominar, con cierto tono amenazante, la primera muestra del diluvio.
¿Y esa sabiondez?
- Vengo del tiempo. - Respondió gravemente. Así como así le explicó. Para usted es fácil pensar la cercanía que tienen los verdes de mi plumaje con un número en los sueños... y bueno, nosotros conocemos a través de las cosas palpables hoy día lo que seguramente se avecina enseguida o mañana.
- Paco y pico. - Pensó Brian.
Sin inquietarse por lejana que pareciera aquella voz, ligerió lo que estaría delante de su idea.
Allí supo que las aguas estaban uniendo las puntas de una herradura alrededor del pueblo, ahogándolo de correntadas que iban vaciando campos, casas y gallineros. Llevándose sillas, perros hinchados y sombreros bailoteando en la cresta de las aguas.
Al escuchar que ya estaban inundados los andenes de la estación un aire perdido se le atragantó.
¿No se puede remediar?
A no ser que me dé el alma...
-¿Que qué? - Preguntó sobresaltado, encontrándose en las proximidades del ahogo.
Don Brian nunca había tenido tiempo para tantearse las pertenencias del corazón, fijadas muchas de ellas en escenas cicatrizadas, en voces y rostros confundidos y depositados por detrás de una región oscura de su memoria. Jamás decidió. El veía su vida en un largo tren de no sé cuantos vagones: quienes viajaban en primera, si los recuerdos o

primaba en el momento de nivelar la carga esa temida duda que se escondía en cada estación y que por los parajes aledaños al Río Negro, sobre todo entre ferroviarios, le llamaban álma.

Lejos del sitio donde le habían colocado esas dos pesadísimas monedas divisó la vez cuando, enseguida de pasar la estación Midland despedazó un toro que estaba en medio de las vías y que no reconoció el presagio del pitazo.

Al apearse en esa oportunidad y acercarse al animal moribundo fijó en su pupila la enorme cabeza sangrante, el aire que se evadía de sus fauces, la sed de la lengua que ahora temblaba, todavía caliente y sin entender lo poco que tenía para sí.

En ese momento Brian escupió y al subirse a la máquina se preguntó que habría pensado aquella bestia con su ojazo despedazado y esa necesidad de calmar la sed última.

Volvió a escuchar que las lluvias acorralaban parte del pueblo, empujando a sus habitantes a las zonas altas. Que las campanulas de su calle, doblegadas por el peso del agua estaban con su boca lila hacia la tierra y que la única foto suya resistente a décadas de olvido y polvo sobre la historia de la Unión Ferroviaria donde él permanecía parado, cincuenta años antes, junto a otros foguistas, deambulada en un charco cercano al puente de granito.

El río había tomado el Club Ferrocarril y también el Tropezón, aquel almacén y bar cercano a la Remesa.

Brian detuvo sus ojos en ese rostro; de frente curtida, el pelo ralo y amarillento; de donde más pesa el cansancio le nacían dos alas que estaban continuamente superponiéndose una a otra, en un lento arrastrarse sobre las espaldas de ese alguien que por su aspecto de vivencia derrotada raro era que dominase el don simétrico del vuelo.

En todo momento parecía que un ala estaba a punto de caérsele.

Ahora la palabra retumbó en el mundo del hombre mientras el aroma a muy suyo que siempre recibió de las circunstancias le devolvía la humedad de la tierra inundada. Es que no era mocoépavo esa crecida. Ni mucho menos esa aparición con semejante pedido.

- Del agua nació, y con ella acabará este mundo... Sentenció el otro.

- La vida de las cosas soy yo. - Repuso Brian, a manera de excusa ante un tímido respaldo de cenizas que comenzaba a reconocer, en aquel sitio escondido en la tierra todavía a salvo de la creciente.

Sin motivos para negarse, sin creer para nada en las mentiras que vociferan los curas en las iglesias circundó ese despertar con la insegura imagen reflejada por el animal atropellado en los parajes del Midland.

En ese vagón olvidado bajo la lluvia, oliendo a guardado de hace tiempo. En la sed de los toros esos que mueren o viven apacibles de no darse cuenta qué les recorre la pupila cuando van o vienen por la tierra.

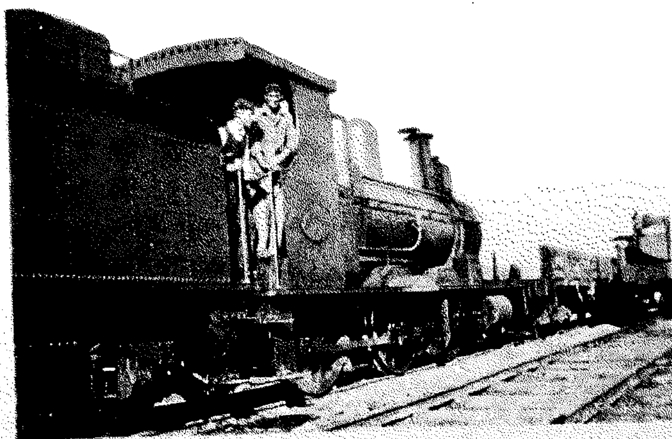
- Y bueno... - Pareció decir, no él, sino la circunstancia que había sostenido la fotografía, certeza postrera de que Brian pisó alguna vez ese pueblo, esos años de trenes ingleses y ríos desbordados, devolviendo el anonimato y la brisa desierta de ángeles pedigüeños que joden con eso el cielo.

Ahí desapareció el cuerpo de aquel que terminó de morir con la ayuda de las aguas y del posterior olvido, quedando en el aire ventoso y húmedo de las calles, aquí arriba, la sensación de que atrás no existe nada si no conversamos con los muertos.

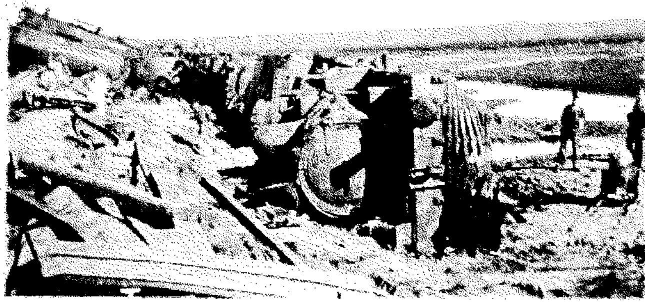
De naftalinas y muertos

Resulta que Adelina Da Silva enviudó cuatro años antes de la noche aquella en que los vientos sacudieron hasta los pescuezos de los eucaliptos.
Noche cerrada. Apenas se veía de aquí a allí.
Por la tarde ella había peinado vecinas en el comedor de su casa. También tiró las cartas a una mujer que para variar se metió con el cura en un amor machazo y recién ahora se despabilaba que los religiosos no podían mostrar las rodillas, y ella que se mojaba toda pensando en él.
Guardando los ondulines usados esa jornada le comentó que tampoco les era permitido tocar el interior de los vasos sagrados ni comer carne los viernes.
Mientras me toque a mi, doña; .... lo otro no interesa!
Sonriendo, la peinadora le aconsejó: mañana hay que jugarle al tressetentayseis...'las llamas del cielo...
Prosiguieron allí y luego que las cartas hablaron la ardentosa mujer que cada vez que pensaba en el curita se comía las uñas se alejó calle abajo, perdiéndose en la oscuridad ni bien traspasó la cuneta.
Adelina cenó algo liviano, sin poder quitarse de la mente las cartas aparecidas sobre la mesa.
De la contundencia con que las barajas habían escrito su presagio rabioso tuvo que leerle a la enamorada un resultado que no tenia mucho que ver; mas bien que era un invento acorde, como para que ella quedase ahí, pensando que quizá en alguna oportunidad...
Lejos de realidades amatorias, sobre la mesa y en el halo de silencios que se instauró por la salita quedaron insinuados, aparte de un temporal, una concordia extraña de velorios y camas rotas.
Escuchó que por la calle resonaban, como todas las noches de tormenta, el arrastre de cadenas del perro que no existía

y al que ya estaban acostumbrados por esa zona.
Eso la tranquilizó por un momento. Ese perro fantasma era hasta esperado; los viejos discutían el tamaño y el origen, los gurises se dormían apurados por despertarse y ver en el suelo pedregoso los rastros del cascoteo de la cadena.
Recostado en la cama, leyó por centésima vez tres o cuatro páginas de Hora Ciega, un poemario de Zara Iglesias.
Al desvestirse se vio recitando un fragmento que mantenía muy vivo en su memoria, "el Hum de los caracoles, agua y pez de sombra de oro, en curvos iris celebra el festival de su rostro". Le gustaba, lo encontraba muy suyo, como si estuviera escrito para que ella, recordándolo, pensase con mayor fidelidad en su único y sentido amor, aquel Meliton Sarday, muerto por los parajes de Piedra Sola ocasión de un descarrillo.
En eso retornó un tren atrasado, desconcertando a los gallos que se disputaban la primera carcajada de la madrugada.
Tembló la noche por el caserío de paredes celestes y amarillas, patinadas por la humedad.
Adelina colgó el viso en un sillón de cardo mientras iba fijando en su alma, como en el papel de una fotografía, la cara del finado Sarday.
En principio empañada por la distancia, sabía que iría recobrando sus rasgos precisos, repitiéndose un día mas, que los olvidos y también la memoria pueden sobrevenir por voluntad propia, sin que intervenga la limosna del azar.



Melitón Sarday antes de partir....y luego,
el descarrile en Piedra Sola.



El ángel de las alas abiertas en el respaldo de la cama siseó una musiquita que mucho había escuchado ella y que pertenecía, junto a un caleidoscopio comprado a los gitanos, a las pocas cosas dejadas por el ferroviario.
La tonada que surgía del respaldo de bronce ayudó a que esa imagen difusa de la única fotografía que conservaba de Melitón Sarday cobrase una clara definición, en donde lo hallaba, camisa arremangada poco antes de Piedra Sola.
- En curvos iris celebra... - Repitió, al hundirse desnuda en las blancas sábanas aromadas de naftalinas y noches solas.
Pensó que parece mentira, tengo todo presente, su aliento, la manera pausada de hablar, hasta su olor mañanero; pero de los ojos, que recuerdo y sé el color no puedo traer el brillo con que me miraba. Y apenas han pasado mil quinientos días.
Apagó la veladora pensando que por la ventana ingresaría la luz del ojo de caballo que miraba desde los cielos, mas la tormenta había espantado todas las referencias, dejando agatas que contra los vidrios se apoyasen las campánulas.
El escaso sueño le fue arremolinando su cuerpo de mujer; donde estaba su pecho en esas ocasiones le aparecían dos limoncitos duros y con ganas de ser arrancados. Su treintañera piel guardaba para sí una pregunta erizada que al solo contacto de las sábanas comenzaba a incendiarle cada parte y cada miembro.
Hacía milquinientos días que venía guardándose ese miedo, por llamarlo de alguna manera.
Recordó lo de las rodillas del cura y eso de los vasos sagrados. Ni que se lo hubiera propuesto, que también. Le parecía increíble no recordar sus ojos, aunque mas le molestaba no poder revivir esas noches en que abría su cuerpo y el amor, mordiéndole entre en sus piernas, la levantaba como a un pensamiento inhumado.
En plena oscuridad bajó de la cama y caminó desnuda has-

ta tocar los contornos del ropero. Rastreando con su mano dió con el tubo de espejos triangulados para luego volver al lecho caliente.

Estiró las sábanas y la colcha hasta enmarcar su cuello. Quedó así, salvo su rostro y la mano que sostenía el caleidoscopio, toda ella oculta.

Por momentos arreciaba la brea de las naftalinas y Adelina apretaba sus párpados, buscando dormirse.

Como de chica en las muñecas, ahora su temor no desprendía la esperanza de aquel objeto comprado a los gitanos un lustro antes; usado a manera de amuleto, en vez de traer el sueño lo alejaba, refrescándole con la complicidad del cuarto oscuro las tantas y tan sentidas horas en que Meliton Sarday y Adelina Da Silva se habían amado allí, logrando levitar por el impulso del amor a medio metro de las sábanas y de todo apoyo con la tierra.

La mano que había quedado libre y cercana a su cuerpo desnudo, comenzó a descender del recuerdo que los tenía en el aire, devolviéndola a la soledad.

En contacto con la noche y con aromas que se hablaban de miedos y deseos, una caricia que nació en las figuras del caleidoscopio fue humedeciendo sus poros y sus olvidadas mejillas.

Volvió de una cueva en el aire donde todavía permanecían latentes aquellas alegrías compartidas con el ferroviario; allí buscaba esparcir tanta baraja amontonada todos esos insulsos días.

Su mirada se fue saciando con las caricias y pudo ir traduciendo la infinidad de cartas echadas.

Tenían como motivo cada una de las setenta y ocho figuras que iban relatando su propia desazón y esa amarga viudez temprana.

De pronto dejó el caleidoscopio sobre la otra almohada, la que en vida sirvió para hervir los sueños de Meliton Sarday.

La cama continuaba siendo para dos, ahora perdiéndola a la mujer en un borde, con su cuerpo agitado.
Debajo de las sábanas las manos de Adelina continuaban volviendo de Piedra Sola.
Sus pupilas, como si fueran de una gata, crecieron y ahora iluminaban la pieza que de sopetón arrancó a temblar. Las paredes, el ropero, el sillón de cardo, todo puesto en movimiento; la mesita de luz que se alejaba de la cama, la colcha y la ventana con las enredaderas, todo el recinto dentro de un vagón del tren; tal así el golpeteo de las cosas y de las imágenes de la penumbra demoró aquello lo que demora en borrarse de los suelos pedregosos la huella misma de un perro invisible.
Luego la noche derivó en la calma.
Desaparecieron las cartas y los trenes, el cuerpo transpirado de Adelina fue aquietándose para quedar frente a las puertas buscadas.
Respiró otra vez el fresco de las naftalinas y al cerrar sus ojos supo que lo que vendría no era mas que la oportunidad de persuadir al pasado, ya mañoso con ella.
Al caer la última carta de la cama, sintió que ésta rechinaba desde el otro lado.
Enseguida el colchón se hundió a su costado y por la forma en que la otra almohada doblegó sus planchadas fundas supo que eso que respiraba allí, casi tocándole la piel, era aquel hombre que no volvió del descarrillo grande.
Se quedó, con la certeza de que a medida que pasaran los minutos y él descansase de mil quinientos días de muerto, le diría algo y después le contaría por donde anduvo.
Entonces ella le alcanzaría el cilindro con vidrios de colores para que así Meliton Sarday comparase los diferentes reflejos que las noches de aquella mujer fueron arrancando de la vida.
Acaso se reirían de las rodillas de los curas y él le contaría

el pelaje de aquel perro.
Y cuando los vientos, echados al diablo con las primeras luces del otro día, dejasen paso a una brisa digna de respirar Adelina Da Silva y el finado Sarday con un beso hondo pactarían que una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa.

- No es cuestión de hacer costumbre, le dijo el ferroviario, alejándose para siempre con la mejor prenda que un amor sentido puede llevarse, un revoloteo de colores en el aire.
Adelina sonrió, sabiendo cuánto habían ganado los dos con esa última noche, donde ahora los distintos mundos se le comenzarían a brindar como un río caudaloso y siempre distinto.

De cuando las cosas se volvieron sombra

- "Se que ahora es distinto. De cuando le digo cruzábamos el Salsipuedes en la balsa, de la mano de mi padre, sí don Deco. No, m'hijo. Vendría a ser bisabuelo suyo.
¿Vio esas historias de acordionistas y yuyeros que se protegían con un gajito de ruda en la oreja? Son algunas de las que él dejó, antes de morir partido por un rayo.
Don Deco "el Tocador" le decían.
Parece que lo veo, en medio de venceduras, siempre con aquel perro al costado.

Yo iba creciendo al ritmo de las apariciones junto al primus sonoro de mi abuela, sin preguntar por los días en que había sucedido su juventud y sus amores con el brasilero que encontraba agua con una horqueta de mimbre y que ahora, medio centenar de años mas acá, poco hablaba de su vida.
El fogonazo de su voz iluminaba la cocina donde permanecía todo el día y en cuyas paredes iba revelando mañana a mañana los números que había soñado en aquella cama, a unos metros de donde dormía Isabelino García Da Luz, vencida semejanza de amor, que una tarde de ciclones bajo un sauce al costado de las casas le desnudó su tibieza de croyé.
Recordaría por mucho tiempo ese temporal de aleros y árboles arrancados de cuajo; de él conoció el temblor por todo su cuerpo, a él entregó los miedos primeros de muchacha.
Hacía tanto tiempo que iba remodelando esa escena escondida que cuanto más arrugas le separaban de su piel apenas mordida aquella vez, con los contornos más precisos reaparecía el cielo con nubarrones y el pastizal alborotado y la soledad de aquel sitio donde las caricias fueron descolgándose con un acento fronterizo.



Los Cardoso, que fueron visitados por don Deco Machado y que con el tiempo sus sangres darían descendientes.

Nunca otro cielo sostuvo tanta mirada, ni jamás el respirar estuvo tan unido a los quejidos.

"Y a los tres veranos nació su madre, mal recibida, pobre, si vino a las casas ocasión de la plaga de langostas que ya le conté. Estaba todo el mundo quinta afuera con bolsas cuando me vinieron los dolores.

Después que pasó todo su abuelo le decía langostita, pobre.

Acomode esa banqueta más aquí, que todavía se va a agarrar un aire en la espalda.

La casa era grande, se veía a lo lejos, no le miento si le digo que eran cerca de cincuenta las ventanas, todas con rejas y postigones, no como esas de ahora.

El enrejado lo hacían con lanzas que se encontraban por la zona, ah!... las orillas del Salsipuedes en una época fueron peligrosas, sí. Miré que el mundo da vueltas...

A veces de noche, cuando el viejo se acuesta a contarle cosas de troperos a usted, yo salgo al fondo y cerca del gallinero me quedo quietita como una piedra, mirando la luna llena. Me viene siempre la idea de que para el cielo no pasó demasiado tiempo; está todo igualito... la noche, el silencio del campo, esas tormentas que siempre aparecen por el sur. Si no supiera que Dios algún día nos va a explicar todo. ¡La de preguntas que andarían por el mundo! ¡Porque mire que hay misterios, eh!"

Aquella piel avejentada, con un poco de reuma, con esperanzas dormidas en el injerto de los rosales y en los míseros aumentos de la jubilación, todavía conservaba muy viva –quizá lo más latente de su mirada- la detallada noche revivida tantas otras veces allí mismo, iluminada por un primus que volvía incandescente a su memoria abierta devolviéndole un espacio en las sombras por donde aferrarse a la vida.

Esa noche que ahora me contaba, me la había contado casi todas las noches de ese invierno en donde un agua de cedrón aromaba la cocina.

Sería el año veintialgo cuando abundaban por esas tierras noticias de la guerra de Río Grande y haría dos inviernos que aquel brasilero había llegado matando caballo y preguntando por un tal Coronel de Barros. Nunca nadie supo si aquel nombre, Isabelino, lo adoptó allí –parajes de Santa Isabel – para esconderse de las tropas que vigilaban la frontera. Al tiempo nos enteramos que mi abuelo había escapado de Zapará.

Esa noche, dice mi abuela, todos los hombres de las casas fueron de monte en monte buscando dos pumas que venían azotando el ganado. Era agosto y el frío tiritaba en los árboles y en los perros acurrucados contra las puertas de tranca de madera. "Mi madre, mis hermanas y yo quedamos alrededor del fogón, escuchando el viento y los vaybiene del farol que colgaba de un tirante. No sé debido a que ninguna quería acostarse y ya andaríamos por la medianoche". Durante un rato la perrada grande que usaban para cazar ladró incansablemente desde el monte de pitangueros.

Luego la noche fue adentrándose en la más helada limpidez. Oscurísima a no ser cuando las nubes revelaban la mirada muda de la luna, muy de a ratos. Se fue callando el viento en la rondana del aljibe, mientras el sueño que a esa hora levitaba en todo el resplandor de las casas y sus habitantes no terminaba de apaciguar la extrañeza con que estaba cubriéndose todo.

La mujer de don Deco Machado pensó que antes de estar así, oyendo cada una su respiración y esperando algo que se avizoraba en cada frase que temían decir y que se frenaba por los perfiles de las cosas, bueno sería escuchar balazos en el monte, algun rugido estremecedor seguido del la-

drido de los perros. Pero en cada una la espalda de la oscuridad hizo que las ventanas temblasen. El silencio del campo, pesadísimo, encubierto de sombras fue arràstrándose hasta dar con las paredes de la casa.

"Me acuerdo que la finada mi madre decidió revisar una a una las piezas buscando el postigo que había comenzado a golpearse. Todas fuimos con ella, con tanto miedo por ir como por quedarnos. Al salir al patio interior al que daban todas las puertas el olor de la noche me hizo acordar de Isabelino. En poco tiempo revisamos la mitad de las piezas, todas cerradas y frías, altas, empercudidas de naftalinas.

Era como si la casa se hubiera apartado del mundo, de los grillos, de las lechuzas y del ruido del monte, vio? O como si a mí se me hubieran tapado las orejas, y a mis hermanas también.

¡ No hay un perro que se le ocurra ladrar! - gritó mi madre, entre nerviosa y mala por ese silencio tan raro. Fíjese que ni eco tuvo lo que dijo ella. Y eso en aquella casa era un imposible. Cada una de las palabras que una decía en la noche quedaban repicando allá adentro, como queriendo quedarse para siempre.

La pieza que faltaba revisar era la que dormía Isabelino, justo de allí venía el golpeteo de los postigos.

Mi madre abrió la puerta y la penumbra del farol me fue mostrando - por primera vez - los enseres de su abuelo. De aquella época, claro.

Un catre de tijera, una silla donde colgaba sus bombachas nuevas y al costado de unas boleadoras que apenas usaba vi la tapa descolorida de una Biblia.

Mientras ella recostaba en el postigo la silla me acuerdo que abrí aquel libro y mire sorpresa que me llevo cuando vi todo escrito en brasilero. Pero Biblia es, me dije, un poco dudando.

Enseguida volvimos al patio y acurrucadas mis hermanas y yo regresamos corriendo a la cocina. El cedrón todavía estaba bien vivo.

Fue sentarnos y comenzar a sentir los golpes, quiero decir, aquella risotada que ya le conté que vino de afuera, de toda la noche que estaba rodeando las casas. Nos miramos y parece hoy que veo en los ojos de mi madre la misma sombra que tenía cuando le preguntaba a mi padre, su bisabuelo, por las cosas que pasaban en el mundo que quedaba cruzando el Salsipuedes. ¿Se acuerda que la risa se fue acercando a la ventana, m'ijo? Y que mi madre miró la escopeta descargada?

Estoy en medio de aquel fogonazo, que antes de escucharlo ya se iba apagando en la oscuridad. La volvía algo devastado, a punto de perder su propia nitidez en la sombra del aire.

Mi abuela se parece a la noche. Sus historias pertenecen a ella. La sobrevuelan y la olvidan.

Esa mujer todavía cercana a un hombre desertor en la guerra de Río Grande, que supo esconderlo de las tantas patrullas que cruzaron la cuchilla de Haedo buscando a un brasilero fugado del Regimiento de Zapará ahora está conmigo, aquí en el tiempo.

Hordalia, hija de don Deco el "tocador", esta noche ahí, al costado del agua de cedrón y de un primus que inunda con su zumbido las paredes de aquella cocina en los suburbios del pueblo de pronto olvida el resto del cuento y queda en silencio, fijos sus cansados ojos en alguna sabandija milenaria que se pierde por los rincones.

Y escucha las risotadas y los caballos de afuera. Los culatazos, òrdenes, una puerta que cae ante la embestida.

Un grupo de hombres armados y de uniforme que gritan el nombre de mi abuelo, que duerme desde que se apaga el día o recuerda las veces que tuvo que andar a monte en esta vida, escapando de memorias y de milicos de frontera.

Hace un buen rato que se levantó viento y por el sur la tormenta acerca el olor a tierra mojada. Con tantos rayos podría leer las cifras escritas en la pared que derivan de un sueño donde doña Hordalia aliviana el peso de sus años.

Creo que se ve siete hombres todavía montados y cuatro apeados que golpean las ventanas. El abuelo Isabelino que escucho sus pasos, se levanta y tranca los postigos que dan al gallinero.

Del primus se desprende un hedor acre que se asemeja a ciertos truenos cuando descascaran los enrejados de las casas. Uno de los hombres que entra, carabina en mano, me mira mientras grita ¡te tenemos, brasilero!

El abuelo se ha vuelto a acostar, sin percatarse que aquellos hombres dan por tierra de un empujón con mi bisabuela y mi abuela, acurrucada en sus polleras.

Hordalia se para y bombea el primus. En este instante queda iluminada por un rayo viejísimo que la deja aislada de cuanto le pertenece, que le separa sus esperanzas, su croyé y sus injertos.

Las llamaradas nuevas castigan en claroscuros a las paredes y su dureza, que tantos ventarrones ha dejado afuera, ahora se desgrana como la arena de una barranca. Comienzan a desquiciarse los lados de las cosas, tomando para sí la redondez inexplicable de un ojo de caballo.

Y el ojo, palpitante, es una ventana abierta a los hombres de aquella vez. Y la ventana que se recorta en la tormenta es una luna tibia desde donde nacen indistintos los olores del miedo y la humedad.

También de una lluvia que se resquebraja en el campo a causa de los truenos.

Huyen del temporal los hombres armados que buscaban al brasilero. Del cielo agitado escapan. Caen ultimados los rayos, uno de ellos bebe el agua del pecho elegido de un hombre con un gajo de ruda en la oreja.
La lluvia da por tierra con la tormenta. Con las alas de los pájaros, embarra los sueños y las historias; corre por los caseríos y se hunde en ellos.
He tratado de despertar a mi abuela que se parece a la noche. Le di un beso de cedrón.
Una vez más la sostuve de los empujones que desde aquella oscuridad caen y se levantan en ella.
Sé que un pedazo de su mirada ha muerto.
Lo poco que puede ver del mundo lo reduce a cenizas, lejanas y traslúcidas, por donde alguna vez respira el mismo silencio que habitaba en la casa de las cincuenta ventanas, allá en el Salsipuedes.
Corro la banqueta hasta la ventana. Parado en ella abro el postigo y afuera las sombras del cielo van escarbando los pocos candiles que todavía aguantan en los suburbios.
Por el camino que da a un monte, mismo debajo de la luna, he visto como se alejaban aquellos hombres y aquellos caballos.
Ahá me digo. Y una risotada que viene de cuando mi abuela se parecía a la noche se acuesta y me adormece escuchando la lluvia.

Los bordes del olvido

Cuando Siulique Machado escuchó los cohetes, seguidos de alguna campana perdida aquel fin de año, no se le dio por pensar que tanto terminar como iniciar un siglo así, abrazado a la mujer que creyó amar durante toda su vida, era tan sólo una coincidencia, una curiosa y enredada coincidencia donde la bisnieta del Comendador Correa le importaba en esos precisos momentos, plagados de caricias y lamidos, más por lo que había avalado ella de su amor en el pasado que por los azúcares bebidos en esos besos del presente.
La hora doce del último mes de ese año que despedía un siglo en el pueblo de las calles como desiertos pedregosos, al menos por la zona donde ellos estaban acostados-, acercó con el eco de los brindis el fulgor de la luna.
Les inundó la pieza de aquella casa vacía donde tres décadas atrás se había tramado revoluciones de pólvora mojada por parte de la familia de ella y se recibió visitas de muertos mediante juegos de copas entreverados con rezos por alguna tía de él.
El cuerpo de la mujer temblaba y más tembló cuando escuchó por dentro de sí que aquel hombre le iba y le venía en un apasionado buscarse y buscarle la región en que guardaba las estrellitas.
Estaban desnudos y sudorosos, agitados, poseídos por una fiebre que se repetía de cuando en cuando y que les reunía el deseo y las dudas, los contornos invisibles de esa felicidad que alberga también en sus labios un poco de angustia.
En todo el tiempo que transcurrió desde que se conocieron, muchas veces los dos, cada uno por su lado, habían cambiado la piel y el modo de hacer sombras en las frescas tardes de verano.
Lejos uno del otro, degustando frutos extraños y diversos, aguas y orillas que siempre –inevitablemente-, recibían las

comparancias con el río de otrora turbulento.
La primera mañana que a ella le creció entre las piernas la roja azalea del adiós a las muñecas, estaba con él, sobre las arenas solitarias del cañadón.
Los dos rieron, por curiosidad o por temor y al zambullirse de la mano en el Río Negro quedó sobre las crestas de las diminutas olas un germinador de rojizas flores que la volvería a visitar todos los meses estando ella aquí o allá, como luego fue que sucedió.
Las lejanas tierras que Siulique Machado conoció le fueron amontonando olvidos por lo largo y ancho de esos tiempos. Sin embargo, las arrugas que iban poblando las palmas de sus manos, no afligían en esa hora, desnudos y sudorosos de revolcarse en las cenizas.
Ahora ella giraba sobre su cuerpo salpicado de perlas que titilaban como hormigas descubiertas por la luna del nuevo siglo.
No le hacían asco a nada que palpitase en esa cama de bronce. Hervían y se aguijoneaban, raíces humeantes de un brasero que había sido encendido cuando esos sitios abandonaban la pesadilla de la inundación y se metían en los pantanos de un golpe de estado.
En el pecho de Flavina ardieron en ramillete las pecas que como si fueran murmullos apagados, sólo reaparecían en toda su diadema cuando los mordiscos levitaban y enardecían aun más el deseo.
Por la ventana desde donde husmeaba la luna alcanzó a mostrarse en todo su violáceo el sigilo de las campánulas.
El escaso mobiliario del cuarto se limitaba a la cama donde en el bronce del respaldo un angelote abría sus alas; tan solo la cama y un sillón de cardo apolillado que sostenía las ropas de la pareja junto a un antiguo caleidoscopio aparecido como un milagro en medio del polvo y las telarañas que habitaban la pieza y toda la casa.

Por momentos el aire jadeaba en esos tejidos y allí entonces le parecía a Siulique Machado que hay tantas tibiezas en el vacío como trampas invisibles en las vidas de dos personas. Si no que se les preguntase a ellos, que así como estaban, ahora urgidos hasta la desesperación por lamerse el interior de eso que llama álma, habían estado hace ya unos años. Sin esa flojera en la piel ni esas arrugas en el corazón pero siendo exactamente ellos. Quizás no tan envuelta en cosméticos ella ni él tan canoso y derrotado.

Las peores espinas de la memoria son aquellas que empañan a los recuerdos de sucesos que nunca fueron.

Flavina Albare y Siulique Machado, al desnudarse, colgaban del ojo del caballo que les iluminaba la hora todas sus certezas de pasado, todos los rastros de otros hombres y mujeres, toda esa endeble recorrida por mundos tan dispares. Ella volvía a sonrojarse ante la desnudez y luego volvían a sonreír como cuando el cañadón y las rojas azaleas de la adolescencia.
De todos lados mas estrecha la oscuridad, en todas partes brazos y gemidos que se retorcían y les azuzaban la sangre hacia los iluminados bordes del olvido.
Lo otro, lo vivido, era ya cuestión del otro siglo, de la realidad lejana que los conocía muy por fuera de la pieza donde la pasión de la luna les ofrecía una casa vacía y un campanazo indeciso entre el último segundo y el instante inicial.
La savia salada que se ofrecía acabó por llevarlos hasta una puerta del paraíso, que luego de ser inundada de campánulas se desmintió y se abrió para ellos sin la triste necesidad de terminar con la vida.

Palpitantes, en el estallido de la locura de lo tan inexplicable que es el amor, regocijados sus cuerpos de las tantas cuevas visitadas.
Desconocidos de siempre, seguros de que la única llave para conocer las arenas del cielo era entregándose uno al otro, agrietándose, recorriéndose los sentidos palmo a palmo.
Y en ese árbol de cuya madera estaban siendo torneados en cien posiciones, comenzó a escucharse gritos de dolor y de alegría. Voces cuyo eco provenía de veinte años antes y que revoloteaba sobre ellos y la cama, dibujando en las paredes de la pieza un laberinto sin salidas del cual, cada uno lo sabía, iban vislumbrándose palabras ocultas todo ese tiempo, estrellitas que manaba Flavina Albare sobre Siulique Machado, tintineando unas ganas locas de brotar.
Las antiguas azaleas se volvieron un charco perfumado con la sal que, al darse los últimos mordiscos de ese primer amanecer, corrieron por sus poros abiertos, entremezclados con un largo quejido que provino fulgurante del antiguo caleidoscopio.
Con los tibios estertores de la satisfacción las estrellas fueron sueños para todos esos pueblos aledaños al Río Negro; a punto de acabarse juntos en ese sacrificio, en ese ritual siempre asistido por las estrellitas que le surgían y que – luego de recibir la esquela de las sábanas donde ellos leyendo las figuras del caleidoscopio, renacían, no era ni mas ni menos que las huellas de cuando lograban cogerse las esperanzas.
Y la cama respiraba cierta. Y los infinitos aromas del río se arrastraban hasta dejarle a esa mujer madura, perfumada la pollera de azaleas encendidas mientras aquel hombre, con el pecho llovido de las muchas aguas caídas durante todo esos años se recostaba cerca, casi fundido en ella, alejado sólo la precisa distancia que volvía ahora a colocarlos en los irremediables vacíos del olvido.

Adentro de la noche

Adentro de la noche

Aún esta la luna.. - Dijo uno de los Pastorino, al entrar a la última puerta, luego del último quilombo.
. Aquel sitio llamado Los Paraísos donde siempre amanecían recordando y bebiéndo de todo un poco, estaba casi desierto.
Recostó la guitarra contra el billar y al llegar al mostrador ya su vaso estaba servido.
- En cualquier momento viene el eclipse. -Afirmó el que atendía a esos tres o cuatro parroquianos. -¡Así que tengan los vasos llenos, miren que cuando se tape me pelo pa´ la vereda!.
Al descansar el culo del vaso vacío en la barra, mientras alcanzó a escuchar algo de la radio prendida le dijo al bolichero:
- Servíla hasta arriba, así no te jodo y miras tranqui eso de la luna.
Se acodó y entonces recién, en lo que iba de toda esa larga jornada como cantor del bajo, pudo respirar bocanadas de la brisa que se parecía mucho al estar bien.
Sin su guitarra sonando, se sentía como que anduvieran por los aires una infinidad de melodías sueltas, dispuestas a que alguien, uno de esos humildes intérpretes de páginas memorables les rasgasen el velo y la serrazón para volverlas canción de amores eternos.
Pero pasaba que siempre que a este Pastorino le rondaba una música nueva, de esas desconocidas para todos, él se le antojaba estarse así como así, callado, alejado del instrumento y de sí mismo.

Afuera estaba la noche tejida de grillos, de alguna luz perdida y sin nombre que temblaba con las ranas de diciembre.

El perfil de las casas se recortaba en un alivio de claridad desgranado en la dureza del basalto. Aquellas casas de techos bajos y gallos condenados empercudían sus puertas y sus santos con la niebla que crece del río envolviéndolo todo, como en la mitad de una inmensa borrachera.

La memoria de su guitarra quedaba oculta, resbalándose a causa de la radio gangosa.
El escuchaba y a sus espaldas un gato amanecido se ovilló debajo de una mesa.
De un dial apenas visible apareció la romántica voz del brasilero, cantando aquella letra que venía presentando con su hermano hacía ya una semana.
Pensó que "Amadaamanchi" resultaba más vigorosa y sensual, y que eso precisaban las parejas que bailaban pieza a pieza, desde el húmedo salón del "Farolito" hasta los corredores en penumbras del "Gardel".
Una voz afiebrada por el alcohol le volvió a esa noche.
- ¿Que negocio con esa guitarra? - dijo, y remedó con los brazos en la nada espesa de tabacos la postura que él tomaba cuando sus manos corregían y afinaban las cuerdas del instrumento.
Sonriendo, respondió: -En cualquier momento...
Con las ideas puestas en el tremendo medallón dorado que usaba -lo vio en la tapa de un cancionero- el cantante y autor de esa canción, giró sus ojos por las paredes descascaradas, dando allá abajo con el ronroneo del gato.
El fulgor barato de aquel metal iba y venía al vaso, desprendido del cantor, buscando tras las botellas de la estantería la colorida imagen de un San Jorge a punto de ultimar al pobre dragón.
Una vez atados los reflejos con la cinta celeste que aún conservaba el cuadrito, volvió la vista hacia la mesa.
Sobre el gato dormido avanzaba sigilosamente la presencia

de la luna, esa que todo lo vivido de Los Paraísos le gastaba, entre alcoholes y carraspeados cigarros, la sutileza del presagio.

Salvo el asunto de la luna, claro esta, para todo el bajo era una noche mas, quizá hasta demasiado lenta y sin el resplandor de las botellas vacías.

Para Joaquín Pastorino, músico de quilombos desde que llevaron preso al dúo Santiago, esa era una de las amanecidas tristonas, de las que prefería no sentir, mucho menos pulsar el canto.

- Menos mal que esperan el eclipse - se dijo - si no ya estarían"... ¿ y se acuerda de aquella que dice... ?"

- Discretita la camisa.- Le comentó a manera de burla el que servía.

- Vos ves..- Contestó. Sin importarle el comentario, sin recordar que esas flores estridentes tenían el cometido de parecerlo aún mas al brasilero de la canción y que también la camisola comprada a una bagayera intentaba disimular la ancha barriga que le colgaba del cinto.

Su copiosa melena que bajaba en dos macizas pastillas hacia los pómulos blanquecinos y que todavía no delataban canas, hablaba de un músico de los buenos.

Eso se decía al caer el sol, cuando sus dedos amarillentos por el tabaco se quitaban las mentiras del día y la esperanza afilaba sus uñas de guitarrero nocturno.

Ella estaba a sus espaldas, que era volverse una imagen segura ante aquello tan desordenado de la noche. Los vasos culones y la radio, enredados en el vacío que tenían que llenar se apuraban y golpeteaban el silencio que al menor descuido, invadía a Los Paraísos.

Lo miraba desde sus curvas, tantas veces acariciada, mansa en esos ratos, dura, fantasmal cuando se encaprichaba

en negarse a sus manos diurnas y que Pastorino las guardaba detrás de cualquier cosa, mojadas de un temblor quebradizo.

Ella estaba mirándole con su boca ansiosa.

También como todos esperaba el eclipse, los primeros gallos, algún estampido de viento.

Por la ventana entreabierta que daba hacia la calle, de tanto en tanto el bolichero miraba el ojo de la luna, insobornable y agitado.

Cuando volvía al mostrador, el músico queriendo interesarse le pedía una opinión.

Pero tan poco le inquietaban los asuntos que sucedían en el cielo que sus ojos, la única vez que alcanzó la puerta, se clavaron como si hubieran estallado mil hijas azules de la luna y al caer en aquel barrio se hubieran vuelto flores de campanulas en la anacahuita del costado, ahogándose su tronco tras la infinidad de brazos de la enredadera.

Nuevamente acodado, su retina quedó entre medallones y campanulas abiertas.

"Das la vida en un instanchi" oyó que musitaban sus labios, a pesar del silencio y de tanto sueño puesto a perseguir en la noche ese otro instante donde, le habían dicho, la luna y todos los pueblos de por allí oscurecerían totales.

Tenía la mente ocupada en eso, tanto tanto que su espalda comenzó a encorvarse.

El gato, luego de mirarlo, cruzó el fondo de sus ojos con un movimiento de la cola y también tuvo la curiosidad por resfregarse en las últimas luces de la luna.

-¿Ipa jefe? ¿O acaso no canta pal pobrerío? -Volvió a insistir el borracho, que ya no tenía ánimo ni para decir que no en cada llenada de vaso.

- Por favor - se excusó él... pero pensaba que con esto de la luna... no quería interrumpir.
- ¡Usté dele manso nomás!- balbuceó, cuando el hipo le brotó desde la garganta.
Joaquín Pastorino tintineó sus preservadas uñas, tomando la guitarra que al erguirse sobre su pecho desperezó una flor rojiza, pintada al costado de su boca.
Con las cuerdas demoró un poco, como ayudando a que el aroma de la primera interpretación pudiese entrar a Los Paraísos por las respetuosas puertas del silencio.
En sus oídos continuaban restos del último estreno, mas creyó que por la concurrencia y la noche no lo valía el esfuerzo, además, sin su hermano en la batería como que no sería lo mismo.
Cobijando un ritmo de balada, ellos utilizaban el mismo tarareo para una veintena de canciones - la voz de Pastorino prosiguió con Roberto Inchimo Carlos.
Una letra poco entendible, una música que llegaba al lugar con las calesitas y los circos de la frontera se apoyó en el estribillo, apurada por el lalala del final.
"Mais agora sei o que aconteceu, quien sabe menos das coisas, sabe muito mas que eu".
Desganado alguien aplaudió y mandó servir.
Volvió a tañir las cuerdas altas, sintiéndose ahora en medio de las tantas noches donde su voz adornaba los entretelones de alguna caricia.
Algo le mojó la garganta y cuando carraspeó para ofrecerles otra bonita página de su repertorio la luz que se esparcía sobre el pelaje barcino del gato de improvisó fugó hacia el corazón abierto de la guitarra.
Las sombras crecidas detrás de la puerta se extendieron por todo el sitio y allá afuera los transparentes con sus troncos retorcidos desaparecieron junto con la anacahuita y los rostros apáticos de las casas.

Su espalda comenzó a esfumarse en la pared. Su voz y su guitarra, al percibir que hasta el bolichero abandonaba puertas afuera el letargo de Los Paraísos también se sumó a la hora y escondido tras el poco de caña que guardaba el vaso ni se enteró de las hilachas de la luna que iban desapareciendo en el cielo.

Las orillas, las cunetas y otros sueños que rondaban bajo esa oscuridad que desplegaba su aviso callado, le mostraban al eclipse sus siluetas de diciembre sin lluvia y volvían a hundirse en el otro mundo, el muy atado a los olvidos.
Esos ladridos sedientos y aquellas mujeres que gestaban otra respiración en sus vientres miraron hacia atrás, cosa de recordar alguna noche con la luna mansa y cargada de agua. Mas el pueblo de polvo y basalto y ventanas torcidas de escuchar a los gallos y a los músicos de los quilombos oscureció como pocas y contadas veces se podía oscurecer la noche.

Pastorino quedó perdido en la soledad de la barra, apenas acompañado por las huellas indelebles de los vasos abandonados.
Ni siquiera la radio, ahora como susurrando, lograba servirle al hombre en ese momento donde el eclipse inundaba las miradas y donde a él le parecía que lo menos importante a esas horas y en aquellos mundos eran las tinieblas o los posibles fogonazos de luz.
Había regresado a "das la vida en un instanchi" y a medida que pasaban los minutos y afuera se perdían las calles adentro de la noche, él recortaba la letra "Amada Amante", le exprimía lo que de alguien cercano pudiese decir esa canción y sobre las botellas de la estantería unos ojos queridos iluminaban el silencio.
El músico allí parado se inquietó ante el mirar de la mujer amada.

Todavía fresco en sus manos el tacto de tanta desnudez con que ella le abría las vocales de la frase impresa en la piel y en las sábanas amarillentas del polvo que la seguidilla de otros hombres volcaba sobre ella y en todos sus poros de mujer cuarentona y de negrazos ojos.
Persistía el aroma de la noche anterior, cuando luego de cerrar sus piernas al último cliente, la mujer que nombraban Yanira se iba hacia una pieza en los fondos de Farolito. Conversaron, fumaron cansados, acompañados del calor que no cesaba y de un gesto conque San Pancracio, encima de la única mesita de luz, señalaba algo envuelto en las nubes de la postalita.
Joaquín Pastorino volvió a escuchar en los Paraísos las palabras que ahora, enfrentado al mostrador y al eclipse de luna pesaron mas que la primera oportunidad.
El dragón de la estantería, quitándose la cinta celeste le dijo tengo otro marido.
San Jorge taloneó el caballo y la botella donde ellos se apoyaban tembló junto con esa noche posterior donde la luna tapiada se llevaba a todas las gentes para afuera.
Apenas pudo decir el dragón me voy con él para Achar, pues el fuego de su lengua se derramó por todo el cuadro y la estantería.
Adentro del músico aquel recuerdo nacido hace poco brotó como de un sitio distante, como brotan los sapos en esas épocas del año, como resurgen de adentro de la noche las lejanías más oscuras y pesadas que pueda memoriar un hombre.
- Como otras veces... pasan unas semanas y vuelve le dijo el cantante a la madera de la guitarra, decidido desde los uñazos iniciales a retornar la página de esa última semana.
Amadaamanchi despertó en el gato de los Paraísos la sensación de que la tristeza se paría a los hombres, así como la certeza de que los fuegos de la luna servían de cueva a las

enredaderas y a los amores de los músicos, esos como Joaquín Pastorino, cuya canción en ese instante revelaba en plena oscuridad el brillo de una lágrima.
Igualito que los viejos discos rayados del Gardel, hubieron estribillos repetidos y partes que se confundían con otras.
Amadaamanchi fue enmadrándose sus mieles y la voz del hombre de las patillas se salpicó de un murmullo abrasilerado.
Luego de pagar y despedirse se hundió en la negrura de la madrugada.
Nadie notó veredas afuera que Pastorino había colgado el inmenso medallón dorado del cantante en una rama de transparente.
Su figura se fue volviendo en la calle otro jadeo de la oscuridad, vacío, hallándose sin su sendero fijo, condenado a transitar el pueblo dormido; seguido de cerca por su guitarra muda y a unos pasos por un gato que en su boca, Joaquín Pastorino lo presintió y por eso tomó calles equivocadas, le llevaba el precio de esa luna desaparecida, una paloma muerta y con sus plumas despintadas.

La sed de los toros

Aquel era un pueblo en donde los mostradores de los boliches eran de mármol veteado y por donde se escanciaban porciones interminables de vino suelto.
Sus nombres recuerdan el oropel de una época que trajo a una compañía extranjera para construir la represa en el río y luego a otra para que la termine.
El Petit Paris todavía subsiste frente a la estación de trenes.
La Perla del Hum ha cambiado de dueño y de ambiente tantas veces como borrachos han meado el costado de sus puertas.

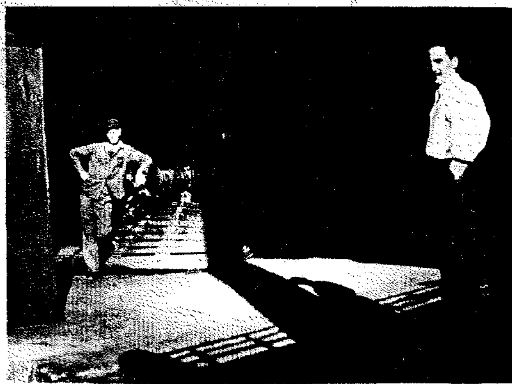
Por momentos me creo digno de historiar el pedazo de siglo que conozco, pero tan solo soy capaz de ofrecer el triste logro de ser un parroquiano mas en una vida que sedimenta los dibujos del tiempo.
Ese pasquín para el que escribo forma parte de la fábula que me cuento y que he creído todos estos años de mierda en los cuales deambularon las tintas en relatar remates de ganado y algún velorio que otro, esparcido por ríos de papel que nunca dijeron nada.
Ese espejo allí detrás de las botellas y del retrato del Mago en sepia se hermana con los ecos que se pierden en este sitio.
Yo sigo bebiendo, latente en la garganta la memoria de la destrucción. Sin motivo hay algo que se ve quedar.
Este segundo vaso de vino se pregunta por cómo era mi voz antes de él y quiere conocer las paredes de la sed.
Pobre iluso, pensando otra noche en los espejos que han ayudado a peinarme, que lejos de darme una certeza traen en el humo el desconcierto de eso que está allí y que se me parece, que no es otra cosa salvo el pasado que seré.
Mi sed es algo parecido a un circo vacío, sin nadie en los trapecios ni en la arena, sin nadie en las sillas, sin nadie

en las jaulas; apenas poblado el aire de la carpa por un sueño que recorre a tientas el lugar.
En su ánimo está el que lo estampen en una fotografía, que de esa figura se desprendan sonidos, risas, alaridos.
Adioses que vagan ilusionados en desbordarse de agua, de vino o de cualquier correntada que se lleve para siempre la oscuridad de la noche y del vaso.

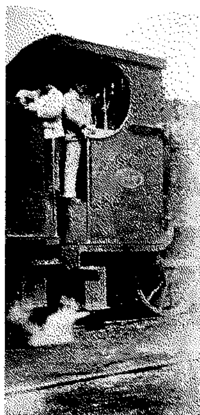
Aquel pueblo había nacido con los trenes.
Mantenía un acento extraño en los sitios donde ahora el viento desierto silba por entre las maderas y los herrumbres.
Acostumbrado a los sombreros en despedida y a miradas que siempre estaban de paso, el lugar fue desprendiéndose de sus hijos y los nietos de sus hijos fueron olvidando a los trenes.
Tenía un destino pautado por el río o más bien por su hábito desalmado y cansino de irse.
Irse tantas veces que los que nacían ya se estaban yendo.

Por afuera anda la luna, que después del tercer vaso de vino se me antoja la boca de un aljibe. Nosotros desde encima mirando el fondo, en el cielo el fondo reseco y agrietado.
O algunos días el agujero de la luna el brocal del aljibe y nosotros muy adentro, aquí abajo.

“ La sed de los toros ”



Ferroviario y locomotora luego, al tiempo, de haber atropellado a un hombre y a su sed...



Ah, parece mentira el discurso que hago para afuera. Con esa noche tan enfrentada a la luz, tan incesante en su misterio, tan después de estas paredes cargadas de carteles de Amarga y de tabaco Río Novo.
Con ese negror que se desliza por la calle y que aísla como a estrellas muertas las pocas luces que ofrecen las ventanas de las casas que dan a la vía.
Del otro lado me espera la Petiparís y más allá lo de Miranda, lleno de ferroviarios.
Aquí los espera a ellos esta esquina, donde dos por tres se puebla de gente que trabaja en el campo, que antes de partir rumbo a los quilombos vacían casilleros de cerveza.
En ellos también la sed. Sus noches solas, esa infatigable soledad que se les radica en la pupila y que los muerde hasta que las cervezas se repiten mensualmente. Enseguida las mujeres del Villacariño hasta la caricia y el olor a colonia de esa otra piel de la sed.
Esta vida nos empuja a estar sedientos.
El laberinto que hago con mis pasos desde que amanece hasta esta hora y este lugar en el mostrador seguro que tiene la silueta mas acabada de la sed. Con sus contornos difusos, imprecisos, como una peste que echó crías en los vientos de este sitio y que no se muestra.
Sigo aquí, con los ojos vidriosos, latiendo el pulso con cada vino.
La luna, altísima, también me encuentra así, apestado.

Una larga fila de vagones va y viene en maniobras que dividen y detienen al pueblo.
Se desprenden hedores y mugidos por entre las barandas de madera.
Es el ganado que llevan al sur, a los mataderos.
Algunas mujeres cierran sus puertas a los trenes ganaderos;

Se limpia los bigotes con el dorso de la mano y prende un cigarro. Bebe y fuma la sed.

Quisiera dejarme bigotes, cambiar mi cara, el diario, de repente hacer lo que ese tipo hace; no sé, ser de los que pescan, del ferrocarril o de los que trabajan en el Rincón. Otro. Por algún lado olvidarme de la sed.

Hubo que llevarse ferroviarios. Insistían con la huelga, jodían bastante. Y el cura aquel, muy zorro, detrás de la sotana.

Después volvimos a discursar sobre los toros que guampeaban las aguas del río; mientras por el puente de hierro los trenes despertaban el día, quienes después soñarían con esa tierra se acercaban a los andenes de la estación.

Alguna certeza de que los llantos no servían de nada se petrificaba con el cacareo de los gallos y quedaba transparente en los vidrios de los boliches todavía abiertos.

El que atendía pensó en decirle que sequía, a manera de broma.

En eso pagó y se despidió el maquinista, luego de tomarse la cerveza.

Cuando volvió a servirle el vaso de vino, en ese código establecido por muchos días de verlo emborracharse hasta hablar solo, comprobó que los ojos del parroquiano ya estaban desorbitados por el alcohol.

Sin embargo éste asintió con un gesto para que le sirviera.

- Esta se la mandó el maquinista, y dice que lo felicita por la última nota sobre los toros y el paso del río...- Señalándole con la cabeza el sitio vacío en la otra punta del mostrador.

Eso, las guampas mas allá de la correntada, los macachines en flor, de eso vale la pena hablar.- Respondió irónico y balbuceante.

- Don Pajares ¿le arrimo una silla?- preguntó el bolichero, al verlo tambalearse.

Apenas entendible, dijo que no y que ya me voy...mañana tengo que escribir algo sobre los vinos del padre Berreto. Ah, y después una recordación por Don Rómulo Mangini y el agua tónica... ¡eso importa! - gritó.
A pocas cuadras, en la remesa de la estación el hombre que había mandado servir aquel vino último calentaba los motores de la locomotora. Recordó los encargos que tenía que traer de la frontera, saludó a un conocido que andaba madrugado y puso en marcha el largo tren.

Dejando atrás la puerta de La Perla el editor y único escribidor del diario local caminó con dificultad, yéndose de una punta a la otra de la vereda.
El pasonivel que dividía al pueblo en dos tenía las barreras bajas y nadie andaba a esas horas.
Como pudo se acercó y esperó, con los vinos dando vueltas en su miedo.
De pronto se inclinó pesadamente y cruzó por debajo de la barrera; dio tres pasos enclenques y se detuvo, parado en un durmiente en medio de los rieles, los mismos que sostenían ya a pocos metros la mole de hierro que avanzaba, con los ojos de su maquinista a mas no abrir, clavados en ese borracho que solo atinaba a estarse así, quieto, pensando si la sed, si los toros, con un tren rumbo a él, no mas lejos de la muerte que de aquella tierra sedienta.

La segunda piel del abel

Con la misma pesadumbre que utilizaba su padre para ponerse esa camisa blanca y que antes también había sido patrimonio de su abuelo - tanto el modo apático como la camisa -, Abel Ceriani fue prendiendo lentamente uno a uno los botones hasta llegar al del cuello.
Los contornos raídos de tanto rozar la piel, fueron poniéndose transparentes al mismo tiempo que el blanco de los brazos fue tornándose cansado, como si en ellos la luz de los días fuese nada más que la tímida presencia de una cerrazón.
Parado frente al espejo del ropero pensó en el agua que caía desde varias semanas atrás y que había anegado la entrada de su casa y todas las calles del pueblo.
Sería cuestión entonces de matear hasta que escampe un poco esa llovizna.
La mañana se le fue hacia otro sitio, olvidándose en él de un aliento de enredaderas y voces musgosas. Las flores del pasado fueron desnudando su corola y cuando Ceriani acarició los pétalos, la misma camisa que lo vestía apareció frenética, revoloteando en la mano de su padre por la cuarta década del siglo, en el espanto de una inmensa manga de langostas que hasta oscurecía el sol por los parajes donde surcaba.
Luego las quintas destrozadas. El grito manchado de la impotencia y el cansancio largo y echado sobre la tierra todavía vibrante.
Ahora allí, con él, invadiéndole su espalda de nubes de memoria.
La humedad le arremangó los puños mientras su mirada continuaba – como todas las mañanas, - fija en un punto invisible que lo veía detenido en cualquier parte. De tantos años con esos hábitos fue aprendiendo que la sensación de

revolverse en el silencio tenía y seguiría teniendo labios y temblores de mujer.
Amaba hasta el cansancio aquel cuerpo.
Su color entremezclado, ese eco de ganas que le movía al Abel Ceriani hasta la región del alma.
Le despertaba voces todo aquello. Gritos, palabras, un rencor nacido justo el día en que alguien le dice de la huida de la mujer con aquel desconocido.
Allí el cuerpo se esfuma y hay cenizas que irrumpen en sus cosas, susurros que desaparecen llevándose los días.

Un buen día, con el cielo no tan poblado se enteró por el informativo del mediodía que en menos de una semana el club Ruralista brindaría en sus salones el casamiento. Esa misma noche, en el horno de la panadería donde trabajaba como si fuese premeditado el desgarro de sus heridas -, escuchó que sobre el fin de semana tendría extras por los servicios de confituras contratados.
Amasó como siempre, detallado en su fineza, luego hundió la pala cargada de panes y cuando el dorado de las galletas le reflejó las brasas estuvo unos minutos allí –cosa que casi nunca hacía -, con los ojos fijos, escarbando en el fuego, como queriendo no levantarlos mas.
Pero todo siguió su cauce, el río que crecía por esas fechas, las puertas y ventanas que se hinchaban y no abrían por la humedad.
Las horas fueron sumándose lentas, atrayendo hacia él los tristes desconciertos de las cosas que se van sucediendo ajenas a todo, que a todo le dejan un desasosiego impenetrable.
Con sus ojos fijos anduvo un tiempo.

" La segunda piel de Abel "



Con la misma camisa de su padre y que antes fué de su abuelo, Abel Ceriani, de pesquería.....



Hizo fecha de su padre y parado frente a un montículo de tierra que sostenía una triste plaqueta con su mismo apellido y tres flores resecas, de pronto se encontró que oscurecía y que había pasado el día así. De camisa blanca preguntándole al Ceriani echado sobre los años y sobre un regocijo de gusanos que andarían corrigiéndole arrugas, cuantas formas existían de responder una misma pregunta.
Su padre, que en vida nunca contestaba ni siquiera los buenos días, se rió en unos pirinchos que andaban por allí. Después le dijo con una muy vieja costumbre suya:
- Viene perdiendo honor esa camisa... Cuando la usó su abuelo era digna como el río -.
Levantó la mirada rumbo a los pinos, conservando en su retina los macachines que cubrían aquel pedazo de campo santo.
Todas sus pertenencias descansaban allí, en esa brisa levantada desde una voz que cuando en ese sitio le hablaba provenía de una duda y lo empujaba a que su manso sueño se retorciese en un sudor helado que le empapaba la camisa, la misma con que su abuelo no había dudado cuando tuvo que domar el zaino con el que un tal Rodríguez una noche de luna llena conoció al diablo.
Abel Ceriani sintió que su garganta estaba ardiéndole, que esa sed era una niebla en donde habitaría la oportunidad de hallar su certidumbre perdida.
La noche andaba abierta, con una oscuridad nueva en donde los huecos de las puertas se desconocían entre sí. En cada casa bebiéndose unos a otros, diablos y hombres, miedos y lluvias con charcos que se van acorralando hasta depositarse en el temblor de ciertas respuestas.

Continúa ardiéndole, a tres días de las palabras de su padre. La boca del horno le salpicaban lágrimas cobrizas que se transformaban en hijas del fuego.

Cosas raras, este fuego le empapa el rostro y no le espanta algo que le llega quien sabe de donde. Sobre la madera espera la masa pronta a que sus manos empiecen el torneado. Sin embargo Abel Ceriani no quita sus ojos de las brazas. De allí aparecen panes, imágenes, esa mujer que ya debe de estar con el vestido blanco, perfumada y nerviosa.

A su costado suenan las latas de los croasanes, suena el gallo que duerme en la cuadra cerca de los caballos, suena en él la víbora del fuego consumiéndose su propia cola. El cura le hace silencio al gallo y habla. El órgano ahuyenta a la culebra que vive en la leña y esparce por la noche una música repetida, la misma y única melodía que viene descolgándose sobre los recién casados desde tiempos inmemoriales.

Se quita la camiseta y ahora toda su piel brota en ácidas gotitas que se van despegando sobre su pecho y su cuello. Tras las llamas tiemblan las paredes del horno y el sudor le invade la cara hasta dejarlo ciego, con los párpados apretados, que tiende en esa noche de fin de semana un velo por encima de los panes, por detrás de las puertas perdidas y de las palabras saturadas.

No queda nadie más que él, vacío, acusado por los resplandores; empujado por un sentir que le va ahogando, una segunda piel tensa que va resecándose y oprimiéndolo.

En cuestión de un abrir y cerrar los ojos le cae encima la camisa de su padre que antes fue de su abuelo. Aquel que en vida nunca contestaba, le alcanza de la caja del mostrador un revólver herrumbrado. Este que domó y bailó hasta el día de su muerte, lo acompaña firme y sigiloso.

Abel Ceriani corre y corren con él.

Le van empujando con voces de aliento los diablos que a esa hora del mundo vagan borrachas por las calles.

Lo instigan a que por ahí. Lo empujan. Cae. La camisa se levanta y con ella el pobre cuerpo agitado, decidido a quitarse los miedos.
Continúa corriendo y cayéndose, la cara y la mirada confundida con la tierra húmeda de tanta lluvia.
Quedan pocos metros, se ven las luces de la entrada. A esa hora la noche del pueblo se abre en un tañido de ecos que repiten risas cortejando a un vals.
Las puertas del Ruralista, adornadas, ni siquiera lo ven entrar, duda en mano, y acercarse empujando sillas, apartando bailarines, acallada la música de la orquesta.
Al dar con ellos, que nunca habían pensado en la distancia que queda entre los valses nupciales y los tercios de velorios, Ceriani giró la luz, le desanudó un brillo nuevo y como un sol que cumple el recorrido fue apagando brindis y alegrías.
Un grito oscuro el caño en la corbata. Un minuto que se vuelve viejo.
Otro leve giro y el aullido deshilachado se anida en el escote de la novia que deja de temblar y se deshace junto con el ramillete.
Con el primer estruendo en el vestido también cae un vaso de cerveza baldío. Las paredes de la pista se manchan de langostas rojas y una bala responde por el padre, otra por el padre de su padre.
El cuerpo y la camisa raída se desploma.

Estaría amaneciendo cuando se sintió el gallo de la cuadra, posado sobre uno de los viejos caballos de reparto. No muy lejos, con la luz del día iban creciendo en el pecho ensangrentado de Abel Ceriani tres blancos macachines.

Y tocaba la refasí

En alocada convivencia se amontonaba allí una enormidad de pantazotes, bolsas con polifón y partituras despanzurradas.
Sobre el fogón de la cocina levitaban, amarillentos y manchados de grasa, viejos impresos pentagramados con sus claves perdidas en alguna noche de incierta música.
Su mujer nunca entendería. Por mas que el tapicero estuviese sentado frente a su Singer dale que dale el pedaleo, si su mirada se volaba hacia esa heredada joya de afinación no estaría escuchando a nadie, no podría prestar atención a cosa alguna.
Desde encima del ropero que ayudaba, con su armatoste presencia, a dividir lo que era taller y dormitorio, aquel diapasón, lo alejaba del oficio y de las horas.
Liando un tabaco negro y fuerte, observaba mas que con su corta vista con su alma, las meticulosas colgaduras que se desprendían de los sonidos. Desde allí se le narraba el perfecto La, brillante y natural.
La pequeña barra de acero encorvada se volvía estridente con la nota que Orosmán Zípoli extraía de la sexta tecla del vetusto instrumento.
El tapicero era pianista y con aquel Neuman de colección todavía hoy tocaba en la Típica Refasí, abriendo el fuego en los bailes del Club Ruralista.
Pero no solo era diestro con sus manos ejecutando tangos y una versión incomparable de "Lágrimas y Sonrisas", sino que a raíz de una charla con el padre Barreto, también se empecinaba con sonatinas religiosas.
Mas de una vez el cura había insistido con la posible relación entre él, piano de la Refasí, y el jesuita Zípoli que allá por el siglo dieciocho cautivó a guaraníes y españoles por las tierras del nuevo mundo.

Como un compromiso sintió Orosmán el obsequio de una colección de obras llamadas "Sonate d'intavolatura per órgano o címbalo". La coincidencia de su apellido con aquel maestro de capilla se le aparecía amenazante y pesada. Teniendo en cuenta que el órgano de la iglesia estaba sin músico desde hacía tiempo él se las veía venir.

- La historia, como la cebolla, se repite. Don Orosmán, usted esta signado por el destino a enaltecer la casa de Dios... Reiteraba el padre Barreto, mientras escanciaban uno de los tintos que lo haría famoso.

Lentamente, algo apático y sosegado, el tapicero iba empapándose de esas músicas pensadas para órgano. A fuerza de contrapuntos aparecían en el teclado piezas muy breves.

- ¡ Correnti y sarabande! - Oye que exclama Barreto en el púlpito, sonriente, la primera vez que en el abandonado órgano de la iglesia de la cruz partida ejecuta partes de "Sonate d' intavoltura...".

Finaliza de tocar la música de su pariente lejano y se acerca al borde del enorme balcón, desde donde uno a uno va reconociendo y saludando los rostros de los feligreses, brotados ahora por una emoción divina.

Orosmán Zípoli sintió algo similar a cuando las parejas del Ruralista se regocijaban de satisfacción y le pedían que repitiese "Lágrimas y Sonrisas".

Las pinzas del diapasón vibraron. Apartando el sucio olor a sopa recalentada, el aire fue enredándolo en un laberinto de notas y de melodías.

- Está la comida... - Dijo su mujer, que querría verlo sentado mas seguido frente a la Singer y un poco menos y más lejos del piano y las partituras.

" Y tocaba la refasí "



Entre ellos, el músico Orosmán Zípoli.

Una tocata de dos siglos y medio, un valsecito criollo... ¡para ella es todo lo mismo! -Pensó, sabiendo que para Rudela Pajares nada era comparable al traqueteo sistemático de la máquina sobre los pantazotes.
Es que de allí surgían los pocos pesos para parar la olla.
- ¿Ayer pasaste por la iglesia?
- Si, resulta que el padre quería ver como sonaba eso en el... pero, ¿ y vos como sabes?
- Por el aliento a vino... ¡ parece mentira!
- Según él es la abundancia de los dones celestiales.
- ¿ Insiste con lo del tatarabuelo Domingo?
- Ahá... Doménico, Rudela... Doménico, y creo que se alegró bastante cuando le toqué tres o cuatro piezas casi sin leerlas... .
- Mientras nos tire con algún restito de hostia!

Trabajó todo el día reparando unos sillones.
Al terminar, se echó atrás y prendió un cigarro, descansando su mirada en el mueble, al momento que reconoció en un costado del piano la indeleble aparición de tres manchitas en la madera.
- ¡ Es increíble... no puede ser! - Rezongó, mientras se acercaba pausadamente, temiendo que aquellas huellas fueran lo que de antemano sabía que eran, flores de sangre de cuando hubo una balacera en pleno baile hace ya un buen tiempo.
Asunto de celos en medio de la pista y la novia que cae en su casamiento, con el ramillete y el matador que se vuela los sesos y de ahí el piano manchado.
Recordó que estaban en "Lágrimas y Sonrisas" cuando se interrumpió la fiesta.
Y de inmediato esas gotas de sangre, que cada tanto renacían en el Neumann. Tres macachines purpúreos de dolida impronta que acaso el padre Barreto pueda explicarle los orígenes - se dijo - la causa por la cual vuelven.
Repicó la sexta tecla y se hizo eco de aquella vibración.

Al tapicero le gustaba la limpieza del La dictado por el diapasón. Lo controlaba día a día.
Ahora estaba haciéndolo en el imponente órgano de la iglesia.
Perdido en el atronador silencio de aquel sitio, tarde a tarde las distancias con el compositor jesuita se acortaban y ya no solo los unía el mismo apellido.
También este Zípoli en mitad de un sutil desarrollo del Postcomunio y Pastorale, gustaba de tejer con sus manos muy secretas improvisaciones que ni el cura podía percatarse qué fragmento del gran Domenico era aquello.

Para la misa por la malograda novia ya marchó de su casa Orosman Zípoli, luciendo su único traje de actuación.
Esta vez no se ató al cuello el pañuelo, esa conocida tela amarilla con un Refasí bordado en floripones.
A punto de venirse abajo una tormenta apuró sus pasos y al ingresar por la puerta del salón parroquial vio llegar a los deudos y al viudo, casi un muchachón.
Saludándolos con la cabeza entró y en el corredor se encontró con el padre Barreto. Después de coordinar cuándo la misa daría lugar a las músicas ceremoniales el cura, que ya consideraba un amigo al pianista, le invitó con unos buñuelos de lechuga y una jarrita de vino joven y frutado.
-Para templar el espíritu y tranquilizar las manos.- Dijo muy orondo al religioso y sonrió.
- ¡Aleluya, venisantispíritus! - Le contestó, amagando con golpear la jarra en la ancha carriga del cura.
Enseguida éste se marchó por otro corredor abierto.
Don Orosmán abrió la puerta y subió la escalera de caracol que iba al coro y más arriba hasta la torre del campanario.
Por un ventanuco divisó la plazoleta y apostado allí escuchó las primeras palabras. Lejos, como de una tierra distante, el cura hablaba y hablaba.

Zípoli detuvo sus ojos en los candelabros y otros detalles que se revestían de oro falso. Pensó en ese brillo y en la aguja y el camello; luego pensó en todas las imágenes que se le brindaban, tanto al que nacía como al que moría en esa iglesia o en cualquier capilla de esos pueblos de ratas.
El padre Barreto argumentaba las causales por la cual veníamos a estas tierras y el pianista no lograba quitar su vista de la difusa figura que podía rescatar de toda esa ceremonia.
Aquel oscuro laberinto que se formaba con los movimientos y las conversaciones de cada feligrés iba delineando un sitio nuevo, construyendo sus entrañas con las imágenes de esos pobres condenados que resultaban ser los santos.
Cuando aquellos históricos cachetes cesaron con el parlamento sobre la infeliz, el pianista de la Refasí entendió que vendría lo suyo.
Paró la oreja a lo que sucedía allá abajo y cuando coincidieron los murmullos con algo similar al latín, el órgano se dispuso a tambalear las paredes y frontispicios de la iglesia.
Sus dedos se clavaron y no hubo San Pedro que no mirase.
Los deudos escucharon aparecer desde la altura, de carácter eminentemente sagrado, la colección de obras del jesuita, compuesta a comienzos del mil setecientos.
Les parecía estar recibiendo una música recién hecha, inventada para esa ocasión, donde la tristeza se mezclaba con la nostalgia, donde el llanto ya había dejado lugar a esos sabores insípidos que revestían uno a uno todos los recuerdos que traían a la novia de la muerte.
Quien ejecutaba esas piezas observó que la luz trasponía los vitró y de ratos revolvía al aire.
Las extrañas brisas reinantes sobre el órgano calaban el ambiente y se expandían junto con el sonido por toda la iglesia, hasta alcanzar las nervaduras de las bóvedas.

Los destellos del sol removían los misterios de los vidrios policromados. Al fondo de una capillita esa claridad azarosa sublevaba un mural de los Treinta y Tres, que pareció cobrar un oleaje interior.
De pronto Orosmán Zípoli volvió con su memoria a la silueta de la muchacha en aquel su casamiento. Recordó el vals pedido, que luego se transmutaría en una repentina despedida.
Las manos del pianista ya andaban por la Pastorale, tal título tenía en los papeles, en el instante que retumbó el perfecto La, natural y brillante.

Hasta hoy recuerda una mujer que freía hostias detrás del despacho parroquial las pequeñas variantes de la música, alternadas en alocada convivencia con un incitante vals criollo, de los que se tocaban en bailes y quilombos.
Cerca del altar mayor, el cura levantó la mirada sin creer todavía lo que estaba oyendo. Pudo ver cómo los parientes, secándose alguna lágrima, daban vuelta la cabeza y murmuraban.
Los estruendos que ya despedía aquel instrumento se volvieron insoportables. Alguien gritó antes de caer bajo un espasmo. Cerca de allí se partió en mil pedazos un ventanal con sus misterios.
El padre Barreto no atinaba a nada, salvo a repensar las propiedades del vino y su abundancia de dones.
Una vez ejecutada en su totalidad la pieza pedida un año antes por la muerta, el pianista de la Refasí descansó sus dedos, cerró la tapa del teclado y mientras bajaba la escalera de caracol un silbo cansino le reiteró Lágrimas y Sonrisas en su habitual dimensión.
Atrás quedaban las tonadas del jesuita y un cura con los puños en alto, deseándole no precisamente el cielo.
Los vidrios rotos por esa música sacrílega continuaban ca-

yéndose.
Al llegar al atrio prendió un cigarro que había armado la noche anterior y agarró y se fue a la mierda.

Garicoits y los fuegos improvisados

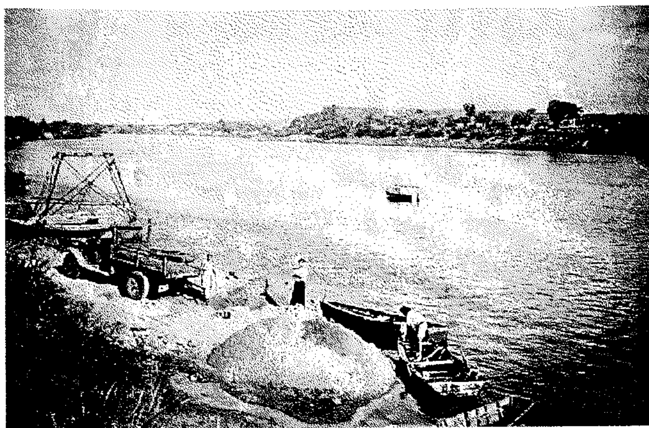
Hagamos memoria, que ya pasó un montón de tiempo sin remediar desde la noche en que íbamos a casarnos.
Cuando cae la tarde y comienzan a penar los rincones entrecierro los ojos y la veo deambulando por mis hábitos de viudo.
Los azahares frescos del ramillete se empozan en todas las cosas que me acompañan y entonces animada la puedo mirar. Su rostro, liviano, presto a repartir los mismos silencios y el vestido blanco, postergándola de la muerte.
Tengo miedo de no llegar a la nostalgia, de quedarme aquí en esta ventisca donde lo único que se mueve es la memoria en la cual un rato antes temblábamos esperanzados frente a un altar y a las pocas horas, sin haber tenido tiempo siquiera para quitarme la vestimenta de novio, vuelvo al interior de la iglesia para morderme los labios, para velarla.

Pero la vida prosigue y el vasco Garicuá, como le conocían, continuó tratando de quemar las horas y los días.
Trabajó todo lo que le permitieron, buscando doblegar sus pulmones para así no prestarle respiración a los recuerdos.
Los alemanes que dirigían la represa primero se sorprendieron de aquel obrero incansable, luego hablaron con él, que eso de deslomarse con la carretilla o la pala no era vida, después lo dejaron, ejemplo de buey para los demás.
Cuando las ataguías comenzaron a frenar las aguas del río ya Garicuá estaba en boca de todos. Como nadie, hacía fuerza para matarse.
Un tal Ludin que llegó y se fue con papeles y aparatajes extraños, que no se le entendió ni cuando dijo adiós fue quien a la larga hizo que los obreros tuviesen que viajar legua y media, más o menos, tpodas las madrugadas para llegar al gran muro de hormigón.

" Garicoits y los fuegos improvisados "



El gran muro de hormigón, en donde
Garicoits hacía fuerza para matarse.
(Ya el Río Negro estaba frenado, casi capón)



-¿ Che, vasco, estos tipos en vez de hablar como la gente parece que estornudaran, no viste? – Le sonrió otro de los tantos isabelinos que trasladaban desde el costado del paso nivel.
Apenas esbozó un gesto y volvió a hundirse en sus pensamientos, esa mañana quizá algo infrecuente, renovando en el certidumbre de un encuentro.
Al pasar frente a las ruinas del saladero el pecho de Bautista Garicuá despertó en un agitarse que ni con la carretilla.
Por el puente del tío Bartolo sintió que la cercanía del cementerio _desde allí se veían sus muros caleados y sus pinos _ le despertó cierto interés por caminar las orillas de ese arroyo.
Esconderse en las sombras de los sauces y en los claroscuros que enseguida ese monte sostendría por la tarde.
Anduvo todo el día pareciéndose a un animal de carga, surcando la brisa del Rincón de Bonete con un sudor ácido y penetrante que luego quedaría en el sitio por muchos años mas, creo que hasta el cincuenta y nueve.
Muchos dijeron que costaría caro eso de capar el río. En fin.

Cuando regresaban, caída la tarde, volvió a invadirle la idea de caminar un rato por las orillas del arroyo que lindaba unas cuadras mas arriba con los fondos del cementerio. Aminorando la marcha, el camión permitió que las achuecadas botas de trabajo del vasco Garicuá saltasen y tocasen el balasto del camino, tosiendo el que las usaba un humo grisáceo que le fue enfundando desde el caño de escape su imagen, detenida a la entrada del puente con un aura de gas oíl quemado a esa hora del crepúsculo en que los pájaros avisan de los primeros silencios.
A lo lejos se recortaba la penumbra del pueblo donde sobre salía el alto pico de la cruz partida, trémulo en ese instante

en que siete campanadas le noticiaban al mundo quién sabe qué.

Encima de aquellas botas el hombre se quedó un momento como ido, oyendo desde el terraplén las pequeñas presencias del monte.

Una delgada nota surgía del agua sin apuros. Del agua en las piedras, en los camalotes. De un sarandí, de muchos. De ellos y de los sauces que nacían del agua.

Garicuá cruzó el alambrado y el pasto le sintió caminar.

Muy encima, el único ojo de la noche, desde que esta se le dio por cobijar vascos nostalgiosos, fue aceptando los tambaleos de la tierra ante esas pisadas.

Iba iluminándole las carquejas, un gastado pedazo del cuerpo pisaba cerca; también le iba contando a cada piedra desperdigada por ahí que esa bota de trabajo que sostenía a un hombre que firmaba Garicoits se acercaba al tembladeral donde los sarandises bordeaban el Tío Bartolo y lindaban con los fondos del cementerio.

Fue pisando la oscuridad de su memoria en los azahares frescos de un ramillete que de pronto colgaba de los árboles, aroma llorón y alzado por la cercanía del agua; que traía todo desde mas arriba y que se lo guardaba lecho adentro, alejándose en busca de la bocaza que se le abría en el río.

El otro costado del cuerpo se iba aguas abajo, descosiéndose el ropaje y los retazos de tanto montón de tiempo.

Este , el que aquella noche mas se dolió del vals y de todo lo otro que sobrevino después, había quedado sujeto a los camalotes, duras sus piernas y sus botas en la humedad de la orilla, queriendo continuar el camino, un camino a algún lado.

Dando unos pocos pasos se desprendió del bañado y al pisar sus botas de buey lamido solo la tierra firme vio que estaba en un sitio que para la luna era allí nomás, dada la

claridad de las sombras que se movían y la blancura de los muros.

Los pinos se sucedían como flaquísimos cuchillos clavados al suelo; hojas que sangraban en la tierra y que por la comparancia de sus siluetas - igual de lejanas de los muertos que de los vivos - parecían los gritos petrificados de todas esas memorias acostadas en ese pedregal de mármoles y bronces recordatorios.

Garicuá levantó la cabeza y al mirar en el alto del cementerio se desanudo una pesada piedra que venía creciendo en su garganta.

Sintió de aquella noche otro caño en otra corbata. Escuchó de su misma historia el mismo vals.

Iban mirándolo desde las blancas paredes los viejos brillos de ciertas lágrimas conocidas, titilando entre grillos y risas que empezaron a rodearle como almas sedientas de vasos o de bendiciones.

Sus botas tropezaron con un sarandí caído. Las manos atinaron a sostener la caída del hombre cansado, apoyándose en un pastizal que no podía ocultar su suelo inundado.

Mojado y con la negrura en su corbata, Bautista, el de la cerveza nupcial, da un manotazo y alcanza una rama de sauce, acostada a ras del agua.

Vuelve a hundirse y en esa caída refresca su cara en la espesura del arroyo.

No sabe Garicua si un segundo como ese en que las aguas le olvidan del mundo es tan eterno y sigiloso como los que ofrenda a los alemanes de la represa. No puede acertar en sí temerles o reírse de esas siluetas que ya ve desde allí abajo y que se le aparecen por entre los sarandizales.

Al pestañear, las burbujas resuenan como un estampido; en ese tambaleo los sonidos que va arrastrando el agua se parecen a un vals.

Allá, del otro lado del aire donde estaba hasta hace un mo-

mento, las sombras que se movían como sauces o ramaje acostado de algún sarandí, comienzan a esclarecer sus colores y su follaje.

Y Bautista Garicoits – el vasco buey desde que enviudó - pudo por fin reconocer después de rastrillar la resaca en el agua, que esa arboleda verdosa y amontonada, con enriedos de raíces y flores postergadas no era otra cosa que los que habían cruzado frente a las ruinas del saladero con los pies para adelante.

Fue así que se encontró con el aviador que se comió un árbol. Charlaron de Cesnas y de primaveras; en eso apareció aquel alcahuete que escribía boludeces a favor del mandamás de turno.

Detrás andaba un trapecista del Tonylo junto al ferroviario Sarday, aquel del descarrilo grande por Piedra Sola.

Y siguieron desfilando troncos de árboles, esposadas presencias de gente que habían sucedido antes de esa hora.

Pero el tío Bartolo se confundió mas aún cuando en vez de mostrar su caricatura una serie de lunas manchadas y de mujeres que se llaman Gloria, surgió dentro de un camalotal con un vestido nupcial una mujer y unos ojos que le rieron y que luego de llamarlo durante tanto tiempo sin remedio por fin pudo acercársele, tocarlo, contarle que los árboles son eso que seremos, fruto de nuestra muerte y explicación de nuestra sed.

-Hagamos memoria ... – Le dice ahora la novia del escote en sangre. – No ha pasado mas que una vida, y eso es solo eso, no hay que ahogarse en un vaso de agua ... después de esa quedan tantas como azahares podamos desprender de nuestras sombras.- le dijo, tomándolo de la mano y llevándoselo al único lugar en estos parajes por donde se puede alcanzar la tibieza de los recuerdos que no precisan remediarse, un fueguito hecho con nuestra madera, improvisado como las certezas, con los silencios que nos acorrala

cuando vivos y con la música que surge de allí y de nuestras historias, curioso legado que se reescribe desde los sueños.

INDICE



ARTE DE TAPA:
Plato escultórico (CERAMICA)
de Fernando Stevenazzi

DISEÑO GRAFICO
Andrés Techera
IMPRESORA ATLANTICA
Telfax: 924-6908
Montevideo



LA SED DE LOS TOROS

Un día cualquiera, anónimo y oculto en el pueblo partido por los trenes, con sus ventanas torcidas de mirar adioses.
Sucedidos que cuentan de aviadores y mujeres que se dedican a soñar. De ferroviarios que se niegan a morir, de guitarreros que rasguñan música en los quilombos.
En la noche de ese día, abierta y sedienta, la luna que se refleja en las aguas de la orilla mientras mira a los hombres contarse el cuento de la vida.

Bien pudo ser así que pasó lo que pasó en las tierras aledañas al Río Negro.



INTEGRARTE